

7: LOS LANCES DE HONOR ENTRE LOS AMERICANOS

*Desafíos — Coronel Henry — Coroneles Piper y Sanders —
Woolf y Kruger — Muerte de Kruger.*

Batirse en duelo llegó a ser un lance tan frecuente entre los americanos, sobre todo entre los oficiales, que causó enorme preocupación a Walker. Este era partidario del código de honor, pero no lo juzgaba adecuado para dirimir desavenencias triviales. El duelo era una costumbre aceptada en muchas de las comunidades de los Estados Unidos de donde provenían los americanos del ejército y ese espíritu aguijoneado por un medio ambiente que incitaba a los hombres a recurrir a las armas, produjo múltiples encuentros en el campo del honor. Hubo un período durante el cual se libraron tantos duelos que, si transcurría un día sin lances de honor era motivo de sorpresa, además de lamentarse por aburrido.

Un buen número de gallardos oficiales protagonizaron sus episodios, quedando algunos lisiados de por vida, entre ellos el coronel Henry.* Henry era un militar apuesto y valiente, que en la guerra contra México ascendió de raso a oficial en el ejército de los Estados Unidos. Sirvió durante varios años en la guarnición del Fuerte Gibson, en territorio de indios; de allí pasó a Nueva Orleans, de donde zarpó hacia Nicaragua para unirse al ejército de Walker. Para Henry era tan difícil dejar de batirse en duelo, como no jugar canicas lo es para un chiquillo. Recuerdo su ingreso al campo de batalla en Masaya, con la cabeza toda envuelta en blancas vendas a resultas de las heridas recién recibidas en un duelo. Algunos de esos desafíos fueron ridículos; otros, muy serios.

El capitán McArdle, y el edecán del general Walker, capitán Dewitt Clinton, en una ocasión intercambiaron disparos en Granada a quince pasos de distancia. Los contendientes se daban la espalda, y al recibir la señal, dando media vuelta dispararon cara a cara. Como simple espectador, yo me encontraba a sesenta pasos a la izquierda de McArdle. Ambos

* Ver anécdotas de Henry en el Anexo N° 9.

hicieron fuego al unísono y la bala de McArdle vino a enterrarse en el suelo, a mis pies.* Empezaban a hacerse los preparativos para un segundo disparo cuando intervinieron los amigos mutuos, zanjando amigablemente la disputa.

En el campo del honor de Matagalpa actuaron el teniente Kelley y el raso Murphy, ambos de la compañía del capitán Jack Dunigan. La causa radicaba en una seductora damisela nicaragüense a quien ambos prodigaban sus atenciones porque se habían enamorado locamente de ella. El capitán Dunigan sirvió de padrino a los dos. El teniente Kelley portaba un pequeño revólver de cinco tiros, mientras que el raso Murphy tenía un pistón de dragones de seis tiros, modelo viejo.

Ya en su sitio los duelistas e impartiendo el capitán Dunigan las instrucciones pertinentes, Kelley aprovechó para apuntar a Murphy un par de veces, poniéndolo en su mira.

“Ejérese ai, mi muchachito, teniente Kelley, hajta quel capitán dé la señal”, vociferó Murphy todo agitado.

Kelley resultó levemente herido en un pie y exigió a gritos un segundo disparo, el cual le fue concedido, pero, en lo que el capitán Dunigan renovaba los preparativos, Kelley abandonó el campo sin decir nada a nadie, evitándose con ello más derramamiento de sangre.

El encuentro entre el mayor Schwartz y el juez Jackson, de la Corte de Primera Instancia, se efectuó en 1856 en la playa del mar, una milla al norte de San Juan del Sur. El juez Jackson me pidió que fuera su padrino, a lo cual accedí; el de Schwartz era el capitán William Williamson, del Primer Batallón de Infantería. Se escogieron pistolas de duelo del tipo Mississippi, la distancia se fijó en quince pasos, y se dispuso efectuar los disparos entre las palabras “tres” y “fuego”.

Con una monedita de a real sorteamos quién de los padrinos daría la señal, lo cual ganó el capitán Williamson. Los contrincantes ocuparon sus respectivos lugares, muy dueños de sí mismos durante el conteo, y al llegar a la pausa establecida para hacer fuego ambos dispararon simultáneamente. No acertó ninguno. Mientras los padrinos concertábamos las preliminares de un segundo disparo, se produjo la intervención de varios amigos y las diferencias quedaron satisfactoriamente arregladas.

El juez Jackson insistió en que él había disparado al aire y creo que así fue, pues antes del duelo me confió que prefería morir antes de man-

* Como se verá en el próximo capítulo, el capitán John McArdle era “excelente artillero”, y además instructor en el uso de armas de defensa personal; su mala puntería en el duelo posiblemente se debió al tajo de bayoneta que recibió en la batalla de Rivas, narrado por Jamison en el capítulo 5.

char sus manos con la sangre del mayor Schwartz. Por supuesto, yo no podía poner esto en conocimiento del adversario mientras estuviera pendiente el duelo.

Presenció otro encuentro, entre dos tenientes, en la costa del lago de Granada, el cual tuvo un desenlace más dramático. Ya cada uno estaba en posición y pistola en mano a la espera de la señal, cuando se vio venir un jinete a todo galope, con la espada en alto resplandeciendo bajo el sol. Se trataba del teniente Morgan, edecán del general Walker, quien al llegar dijo: "Caballeros, el general Walker les envía saludos y me autoriza a decirles que pueden realizar el duelo, pero también desea notificarles que el sobreviviente será fusilado". Resulta superfluo agregar que con eso se terminó el asunto abruptamente.

En La Virgen se arrojaron el guante los coroneles Piper y Sanders. Creo que el retador fue el coronel Piper, permitiendo la elección de distancia y armas a Sanders.* Escogió rifles a cinco pasos, lo cual constituía un ultimatum implacable y mortífero. Cuando le comunicaron esos términos al coronel Piper, declinó aceptarlos, elevó su renuncia del ejército y se fue a los Estados Unidos en el primer vapor.

Aunque no forme parte de estas reminiscencias, se puede mencionar como un suceso memorable el lance escenificado entre el coronel Henry y el coronel Rogers en la Ensenada de Saint Louis. Esos gallardos oficiales después se volvieron íntimos amigos.

La fogosidad de los temperamentos y el mucho olor a pólvora hizo que hasta los amigos olvidaran a veces los lazos del afecto, aunque después pidieran disculpas, avergonzados. El coronel Markham era uno de mis mejores amigos. En una ocasión, dio orden a mi sargento de enviar un piquete de soldados a realizar cierta tarea, lo cual consideré que Markham no estaba autorizado a hacer, de acuerdo a los reglamentos militares. Al encontrarme con mis hombres fuera del cuartel, les ordené regresar y dije al coronel Markham que él no debería asignar tales tareas sin mi conocimiento. Se sintió ofendido por ello, y al encontrarnos más tarde en una reunión social con otros oficiales, reanudamos la conversación. El coronel Markham me dijo que pensaba cursar al día siguiente idénticas instruccio-

* La fecha exacta quedó registrada en el Diario del Ministro Americano John Hill Wheeler, quien se encontraba en La Virgen el miércoles 7 de Mayo de 1856 y anotó: "Vimos a un grupo de oficiales reunidos en la costa del lago y se nos informó que se trataba de un duelo entre los coroneles Sanders y Piper — se arreglaron en el terreno".¹ Cinco días después, el 12 de Mayo, le aceptaron su renuncia al coronel James S. Piper, del Primer Batallón de Infantería Ligera. *El Nicaraguense* lo informó sin explicar la causa, agregando que Piper regresaría a los Estados Unidos y que "el ejército sentirá su ausencia, pues era un excelente disciplinario".²

nes, contestándole yo que, cuantas veces lo hiciera, ordenaría el regreso de mi tropa. Entonces me retó implícitamente, pues dijo que él arreglaría el asunto si me encontraba por cierta calle a cierta hora en la mañana.

No cabía equivocarse respecto a lo que eso significaba, por lo que, airado, me comencé a armar apenas nos separamos. El coronel "Cal" O'Neal era dueño de una pareja de excelentes pistolones de caballería, de un solo tiro, con balas casi tan grandes como canicas. Sin decirle para qué la quería, le pedí prestada una y la cargué hasta el tope, acufiando en el cañón tres o cuatro balas.

Antes del amanecer, el coronel Hornsby tuvo noticias de nuestro duelo inminente y nos puso bajo arresto a ambos, confinándonos en el cuartel y evitando así el encuentro a la hora señalada. En el intervalo, la ira que sentíamos se había calmado lo suficiente como para que nuestros amigos lograran la reconciliación. Nos estrechamos las manos, riéndonos de nuestra impetuosa conducta de la víspera.

Devolví la pistola sin descargar al coronel O'Neil quien, viendo que estaba hasta el tope, dispuso que su ordenanza la vaciara haciendo fuego. El desdichado ordenanza disparó, y al salir de un solo golpe la andanada, fue tan terrible el culatazo de retroceso que el cañón le golpeó la frente y lo botó al suelo sin sentido. Inmediatamente se llamó a un médico para revivirlo pero aún así permaneció inconsciente casi una hora.

"Aunque yo hubiera errado el tiro, Jamison", me dijo Markham sonriendo, "tu propia arma te habría tendido".

En un salón de billar de Granada fui testigo de un vivo tiroteo entre el general E. J. Sanders y el coronel J. Markham. Ambos estaban tomados de licor. No recuerdo quién fue el agresor ni el motivo del pleito. Los dos portaban Colts de seis tiros. Comenzaron a dispararse desde los extremos opuestos del salón, separados únicamente por tres o cuatro mesas de billar. Ninguno resultó herido aunque sí con las ropas agujereadas. Las mesas del billar quedaron aplomadas por los impactos que sufrieron en la reyerta.

En toda mi vida, nunca me ha conmovido una pena tan aguda como la muerte del subteniente Kruger a manos del teniente D. Barney Woolf, ambos pertenecientes a mi compañía. Siempre me he considerado responsable por ese desgraciado suceso. En el verano de 1856 mi compañía prestaba servicio en La Virgen, sobre la costa del Gran Lago de Nicaragua; los pasajeros que cruzaban entre ambos mares por la Ruta del Tránsito con frecuencia realizaban excursiones a los poblados nicaragüenses vecinos, o exploraban los alrededores admirando las bellezas del campo. Usual-

mente se les facilitaba una escolta militar.

Estando aún inactivo, debido a mis heridas, una mañana se me acercó el teniente Kruger solicitándome permiso para acompañar a un grupo de damas y caballeros a Rivas. Se trataba de pasajeros recién llegados a La Virgen en el vapor del lago, en travesía hacia San Francisco. Le recomendé que obtuviera el permiso del teniente Woolf, quien comandaba la compañía. El teniente Kruger me contestó que ya había buscado al teniente Woolf, sin lograr encontrarlo, y que los pasajeros estaban a punto de partir hacia Rivas. En mi carácter de capitán de la compañía, le otorgué por fin el permiso, agregando que le informaría al teniente Woolf sobre el caso.

Siempre deploraré no haber visto al teniente Woolf antes del regreso del teniente Kruger, quien al regresar de Rivas fue arrestado por abandono de su puesto sin permiso.

El teniente Kruger se presentó esa tarde vestido de uniforme a la revista de tropas, la cual presenciaron todos los pasajeros, incluyendo muchas damas. Al instante en que los oficiales saludaban con sus espadas desnudas al comandante del regimiento, el teniente Kruger se abalanzó empuñando la suya sobre el teniente Woolf, advirtiéndole: "Defiéndase". El teniente Woolf rápidamente desenfundó su pistola y lo mató de un tiro.*

* Medio siglo después, Jamison confunde el nombre de uno de los protagonistas, ya que el teniente muerto se llamaba Munther y no Kruger, según noticia del corresponsal de *El Nicaraguense* en La Virgen, fechada el 22 de Mayo de 1856: "Un suceso lamentable tuvo lugar [ayer] por la tarde inmediatamente después de la revista, resultando un muerto y además un herido que no tenía nada que ver con los protagonistas del asunto. Como no puedo suministrar los motivos que originaron tan desastroso encuentro, me limitaré a narrar los detalles de los momentos en que sucedió la reyerta. Parece que hace uno o dos días surgió una dificultad entre los tenientes D. Barney Wolfe y A. Munther, la que produjo un altercado entre ambos ayer en la tarde al encontrarse frente al hospital, sacando los dos sus armas para combatir. El teniente Wolfe portaba su revólver, el que disparó tres veces contra Munther, quien contaba solamente con su espada, con la cual intentó herir a su adversario. Dos de los disparos alcanzaron a Munther; el otro no dio en el blanco, sino que se alojó en la pierna izquierda del teniente Coleman, quien caminaba a media calle, a varios pasos de distancia de los combatientes. Munther resultó herido de muerte en el hemitórax derecho y sobrevivió tan sólo dos o tres minutos. La herida del teniente Coleman, aunque muy dolorosa, no es de cuidado pues se trata de una lesión superficial sobre el hueso, a mitad de distancia entre la rodilla y el tobillo. Munther fue enterrado hoy. Me abstengo de comentar este trágico incidente mientras no se investiguen y salgan a luz todos los hechos; únicamente diré, *en passant*, que todos concuerdan en que ninguno de los contendientes carecía de aquel valor personal siempre en guardia a la hora de defender el honor".³

Los pasajeros mencionados por Jamison embarcaron a bordo del *Sierra Nevada* en San Juan del Sur el 24 de Mayo y llegaron a San Francisco el 6 de Junio, dando noticias de "una rifa [entre] los tenientes Munther (un alemán) y Wolfe (de Marysville) que resultó en muerte para Munther al recibir dos disparos de revólver. El incidente está siendo investigado".⁴ La confusión de Jami-

Este episodio trágico produjo gran revuelo y tremenda conmoción. Un consejo de guerra juzgó al teniente Woolf, exonerándolo de toda culpa. Su conducta, sin embargo, no fue aprobada por muchos oficiales, quienes eran del parecer que su vida no estuvo en peligro tan inminente como para ameritar que diera muerte al teniente Kruger. Yo traté de cargar con la culpa ante el consejo de guerra, pero ¡ay!, nada de lo que pudiera hacer devolvería la vida al teniente Kruger.

Me consta que esa tragedia ensombreció por el resto de sus días al teniente Woolf. Durante muchos años fue Secretario de los Comisionados de la Corte Suprema de California en San Francisco, y pocas personas en ese Estado gozaron como él de tanta estima. Falleció hace ya varios años, en San Francisco.

son con los nombres es explicable porque en Mayo de 1856 tanto Kruger como Munther eran tenientes en su regimiento. El 12 de Mayo Charles W. Kruger ascendió a capitán y asumió el mando de la Compañía A del Primer Batallón de Infantería;⁵ A. Munther falleció el 21 del mismo mes. El Padre Tiempo entremezcló ambos nombres germanos, cuyas dos vocales *u* y *e* se repiten en idéntico orden silábico, en la reminiscente memoria del viejo general Jamison.



FUENTES

¹ Wheeler, "Diary, 1854-56".

² *El Nicaraguense*, 17 de Mayo de 1856, p. 2, c. 3.

³ *Ibid.*, 24 de Mayo de 1856, p. 3, c. 3.

⁴ *Daily Herald*, San Francisco, 7 de Ju-

nio de 1856, p. 2, c. 4.

⁵ Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 98.

8: LA VIDA SOCIAL EN NICARAGUA

Amenidades de la Sociedad — Sol y Flores — El Cónsul Francés — Escaso Dinero Efectivo — “Apúntelo” — Clases de Esgrima — El Viejo Caballero — Jugando a la Horca — Espías en San Juan — El Padre Vijil — Una Escena Conmovedora — “Guerrero” — Muerto, pero Empuñando el Rifle — El Rey de la Mosquitia — El Capitán Kinney.

Durante la estancia de los americanos, la vida en Nicaragua tuvo aspectos más suaves que el retumbar del cañón. De los audaces seguidores que el general Walker atrajo a su bandera, muchos eran hombres de vívida imaginación y recia virilidad, susceptibles al encanto de las mujeres bellas y familiarizados con los placeres de la sociedad elegante. En épocas remotas, su temperamento les habría llevado, si no a luchar contra las huestes sarracenas de Saladino, a arriesgar sus vidas en España contra los moros. Ocasionalmente se encontraría entre ellos un Falstaff, mas también había hombres dignos de acompañar al caballeroso Chandos.

En las principales ciudades nicaragüenses y en las vastas haciendas, existían familias que conservaban las costumbres aristocráticas y las tradiciones de sus ancestros españoles. Poseían riquezas y vivían con lujo. Sus hijos e hijas se educaban a menudo en las universidades y conventos de Europa. En esa forma, la sociedad selecta de Nicaragua mantenía una elegancia y un brillo, una delicadeza y un refinamiento, que se manifestaban en la gracia de sus mujeres y en la galantería de sus caballeros. Se notaba que las damas con sangre de Castilla eran más blancas, y a veces más atractivas que sus compañeras morenas. Repetidas veces, al llamar “española” a una de esas hijas de Castilla, me replicó con instantánea indignación: “Yo soy castellana pura”.

La exuberancia tropical de sus flores, su sol radiante, sus cielos azules y la blanda languidez de los plenilunios, hacen de Nicaragua una tierra en donde el corazón se muestra sensible al amor y a la afectuosa simpatía. Pianos había en algunos hogares, pero la guitarra, más dulce y más suave que en los climas del Norte, era el instrumento musical predilecto. Al rasgueo de sus acordes, secundando la canción de alguna mujer adorable, se deslizaron sensualmente las noches de Rivas, de Granada, de León y de

San Juan del Sur. De licores, casi sólo vino se consumía, con generosa abundancia; modestamente las damas lo paladeaban, en presencia de los caballeros.

Era, pues, apenas natural que los corazones de los belicosos *filibusteros* sucumbieran bajo tales influencias; y que a su vez, también las bellezas de negros ojos cayeran rendidas ante quienes imploraban su amor. Algunos americanos se casaron con estimables mujeres nicaragüenses y adquirieron la ciudadanía del país — al igual que los lotófagos, jamás volvieron a su tierra natal.* Otros amaron con honra sólo para luego partir, arrojados allende los mares por los funestos reveses de la guerra.

La hermosura y el encanto de estas muchachas latinas fueron líricamente celebrados por quien bien las conoció: el general Mirabeau Buonaparte Lamar, Ministro Residente de los Estados Unidos en Costa Rica y Nicaragua en 1858.** Estos son sus versos a *La Hija de Mendoza*:

*¡Dame, dulce cenizontle, dame
Tu melodía junto a la fontana!
¡Préstame, torrente, préstame
Tu égloga agreste de las montañas!
Que pueda yo así mi cantiga entonar
Por mi alegre morena, diamante y coral.
De un príncipe corona, gema y joya
La hija de Mendoza*

*¡Cómo la estrella matutina brilla!
¡El vespéral lucero, cuán tierno es y límpido!
De ambos en sus ojos la luz fulgura y reposa,*

* Aunque decenas de millares de norteamericanos cruzaron por Nicaragua a partir de 1849 y algunos se radicaron en el país, la guerra de Walker acabó con el tránsito y generó un clima en extremo hostil hacia ellos. El diplomático estadounidense William Carey Jones, tras visitar Costa Rica y Nicaragua a raíz de la expulsión de Walker, informaba a su gobierno desde la hacienda El Polvón, cerca de El Realejo, el 30 de Enero de 1858:

“A pesar del terror que sienten por los norteamericanos que se les presentan como aventureros o invasores, ni este Estado [Nicaragua] ni Costa Rica sienten respeto alguno por el gobierno de los Estados Unidos ni, en consecuencia, tampoco por los ciudadanos de nuestro país que se encuentran aquí. A ninguno de los dos Estados se le ha exigido indemnizaciones por los ultrajes inferidos a nuestros ciudadanos, por lo cual ambos consideran presas lícitas a todos los norteamericanos que caen en su poder, así como consideran también que nuestro gobierno es impotente para proteger a nuestros ciudadanos fuera de nuestras fronteras. Los pocos norteamericanos que permanecen en el país han llegado a conclusiones idénticas y se ven obligados a portarse ‘muy humildes’, para usar las palabras del Gobernador Militar de Rivas...”¹

**Ver datos sobre Lamar en el Anexo N° 10.

*Suavidades todos y toda esplendor.
Si no acunara en sus pestañas sombras,
En fuego su vista deslumbraría al Sol.
Y oscurécete, Noche, cuando las recoge
La hija de Mendoza*

*Oh siempre alegre beldad graciosa y cándida.
De hechiceros embrujos mil veces divina.
Laúd tu voz que plata arrulla en la garganta,
Célico arcoiris, sonríesme, querubina.
Y tuyas y tuyos las auras son y los montes.
Gacela en sus saltos cual alta flecha joven
Y en cadencioso océano turgente ondina
Hermosa hija de Mendoza.*

*¿Y si al hado plugiese partirme sin verte?
¿Si de tí, hoy cercana, desgárrame la suerte?
Flotarán tus formas, de esmeraldas cendal,
Musa eterna de mis cosas.
Pues a olvidarte no atrévome, mi morena canora,
Visto habiendo de tu faz radiante belleza tal.
Estrella sin ponientes: sola y pura en la aurora
¡Hermosa hija de Mendoza!**

Cuando no estaban en campaña, los americanos permanecían acuartelados en las ciudades y durante ese interludio se multiplicaban las diversiones. En Granada, la banda del regimiento daba animación y entusiasmo a los acontecimientos públicos. Se invitaba a los oficiales a las casas de los ciudadanos, en donde había fiestas, bailes y juegos de cartas.** Era inevitable que los americanos jugaran entre ellos a las cartas, no siempre

* Versión castellana de Mario Cajina-Vega.

**El nombre de Jamison figura entre los invitados a una de esas fiestas. *El Nicaraguense* trae la noticia de una cena ofrecida a los oficiales del ejército por Mr. William Bowen, un comerciante recién establecido en Granada, en la "Granada House" de Mr. Woods el martes 4 de Marzo de 1856: "Una cena excelente, rociada de ríos de vinos alemanes, franceses y españoles, y consolidada por botellas de magnífico cognac", entre cuyos comensales nombra al teniente "Jamison, de Massaya". Los numerosos brindis "Al General Walker", "Al Estado en que Vivimos", "A Nuestra Patria Adoptiva", "Al Ejército", "A las Damas", "A Nuestro Anfitrión", etc., fueron amenizados por la banda de música del regimiento bajo la dirección de John W. DeFrewer, la cual ejecutó "aires nacionales de muchos países y estrenó un nuevo pasodoble compuesto por Mr. Flynn, dedicado al general Walker..."² El nombre de Walker, sin embargo, no figura entre los asistentes, como tampoco el de ningún granadino.

por mero placer, y que las cenas rociadas con licores concluyeran en una francachela. Tampoco cabe negar que estos eventos se convirtieron a veces en verdaderas olimpiadas de bebedores, al fin de las cuales lograban asirse a la mesa sólo los más resistentes.* El general Walker jamás concurrió a tales festividades, y si acaso alguna vez bebió, yo no lo supe. En más de una oportunidad, los americanos salieron a librar un combate inesperado bajo efecto de los vapores alcohólicos. En tales ocasiones el enemigo se daba a la fuga antes de lo acostumbrado.

“La Taberna de a *Rial*” del cónsul francés, hombre astuto, era el lugar favorito de los americanos en San Juan del Sur. Daba al Océano Pacífico, y enfrente había un gran roble que la cobijaba bajo su sombra. Era una casa de madera con el *saloon* a la entrada, detrás un almacén de abarrotes y al fondo las habitaciones del cónsul, quien era un tipo servicial. El gobierno de Nicaragua proveía de ropa y equipos a sus soldados, pero casi nunca les podía dar dinero. Pronto se agotaron los fondos personales, y la mayor parte del tiempo aun los caballeros más elegantes del ejército andaban sin un centavo en el bolsillo. El dinero circulante provenía de los Estados Unidos, pues el gobierno de Nicaragua no acuñaba monedas ni emitía billetes de ninguna especie. Cuando un vaso volvía al mostrador, tras lubricar la correspondiente garganta, se oía una voz aún húmeda decirle al cónsul: “Apúntelo”, y éste con gracia increíble aplicaba el lápiz. Estoy seguro que esas cuentas en total sumaron miles de dólares, y todo indica que nunca fueron canceladas. No obstante, el cónsul se resarcía de las pérdidas vendiendo abarrotes al gobierno con lucro exorbitante.

Cuando en 1856, en San Juan del Sur, el capitán Fayssoux se apoderó de la goleta costarricense *San José* con las bodegas repletas de vino clarete, buena parte de su flete se distribuyó entre la oficialidad. Causas a ello, recibí el risueño reproche de un superior. Entregué una petición por es-

* Las *Reglas y Artículos de Guerra* del Ejército de la República de Nicaragua, estatuidas por Walker el 20 de Junio de 1856, contemplaban en su “Art. 20. Si un oficial se embriaga mientras monta guardia, anda de patrulla o presta cualquier otro servicio, será degradado; y cualquier clase o soldado raso que cometa esta falta, será castigado a discreción por un consejo de guerra”.³

Un mes más tarde, Walker se vio obligado a emitir la siguiente orden: “Granada 22 de Julio de 1856 — Como consecuencia de una petición hecha al Comandante en Jefe, referente a una enmienda a las Reglas y Artículos de Guerra, se informa lo siguiente: El Comandante en Jefe ve con tristeza que una de las principales virtudes militares —la sobriedad— no goza de la estima que debería tener en el ejército. Encarecidamente exhorta a los oficiales del Ejército que den el ejemplo en este respecto a sus soldados, moderándose y controlándose ellos mismos, y que apliquen el castigo adecuado tanto en el orden social como en el legal a la intemperancia, calculada para acarrearle deshonra y desprecio al Ejército. Por orden de William Walker, Comandante en Jefe. Ph. R. Thompson, Ayudante General”.⁴

crito al general Hornsby en los siguientes términos: “Por favor, acépteme este recibo por dos cajas de vino”. Ceñudo, el general Hornsby rechazó mi solicitud diciendo que eso de “favor” no era nada militar. Un borrón de un plumazo y conseguí el vino.

El abigarramiento caracterizaba a los uniformes de los americanos. El ejército no tenía un uniforme oficial, y aunque lo hubiese tenido, el gobierno carecía de fondos para proveerlos. La mayoría de los oficiales usaban el uniforme de su rango en el ejército de los Estados Unidos, y muchos llegaron a Nicaragua con él puesto. Hago memoria de la grandiosa figura del coronel “Billy” Wilson a su ingreso de Nueva York con cinco o seis baúles-saratoga atiborrados de prendas sartoriales. Su uniforme opacó a todos los demás en Nicaragua. El coronel era rico y podía gastarse esos lujos. Recuerdo con la mayor satisfacción, cuando generosamente distribuyó entre sus amigos el contenido de uno de sus seis baúles, repleto de finas camisas de lino, habiendo alcanzado yo más de media docena que alimentaron mi ropero, hartó frugal.

El coronel Wilson me brindó su amistad en una forma aún más valiosa después que salí de Nicaragua, procurando visitar mi casa en Missouri. Habiendo desembarcado en Nueva York sin un centavo en la bolsa, me dirigí a un sitio que llamaban “Oficina Principal de Nicaragua”, a cargo de un individuo de apellido Lawrence. Allí encontré al coronel Wilson, quien indagó acerca de mis planes. Apenas se enteró de lo precario de mi situación, me obsequió con un boleto de ferrocarril de Nueva York a Alton, Illinois, en donde tomé pasaje por vapor hasta St. Louis.

Nuestras armas eran anticuadas: fusiles de reglamento del ejército de los Estados Unidos, de calibre liso, con fulminante y bala, pistolas Colt de modelo viejo y sables. Los Batidores (la caballería de Walker) iban armados de rifles, pistolas y sables. Diario se daban clases prácticas de esgrima, en la cual se mostraron extraordinariamente hábiles varios oficiales, sobresaliendo los capitanes William Williamson y McArdle.* McArdle era

* El ejército de Walker tuvo, por lo menos, cuatro capitanes de apellido Williamson; dos de ellos hermanos: Benjamin y William. Benjamin, uno de los filibusteros del *Vesta*, resultó herido en una pierna en la batalla de La Virgen, lesión que requirió largos tratamientos por los especialistas de San Francisco y Nueva Orleans.⁵ Los otros dos, Sumpter y James H., no aparecían como parientes. James H. fue quien se ahogó en el lago, al caerse del vapor, episodio narrado por Jamison en el capítulo 5.

En cuanto a John McArdle, recibió sus galones de capitán y se le nombró instructor en el uso de armas de defensa personal el 9 de Febrero de 1856.⁶ Dos meses más tarde, en la batalla de Rivas se hizo cargo del cañón costarricense capturado, y *El Nicaraguense* lo alaba como “excelente e intrépido artillero”.⁷ Esa misma mañana protagonizó el episodio narrado por Jamison en el capítulo 5, al recibir un tajo de bayoneta en el antebrazo y exclamar disgustado: “El

el instructor de esgrima del ejército. Al capitán Williamson lo vi en San Juan del Sur capear el ataque de seis soldados con fusiles y bayonetas hechizas, manejando su espada con tanta destreza que no lograron tocarlo.

Durante todo el verano y comienzos del otoño de 1856, el cuartel general de la brigada del Departamento Meridional sufrió repentinos traslados, movilizándose entre La Virgen, San Juan del Sur, Rivas y San Jorge. Cuando, temporalmente, nos encontrábamos en Rivas, se arrestó a varios caballeros de la clase adinerada, encerrándoseles en la cárcel a fin de que una junta militar les interrogara respecto a su lealtad. En San Jorge, uno de esos viejos altivos me jugó una pasada que me causó disgusto y enojo. Sin aparentarlo, su conducta iba encaminada a facilitar su fuga. Recibimos orden de trasladarnos de Rivas a San Jorge, a tres millas de distancia junto al Lago de Nicaragua; como aún no recuperaba de mis heridas, se me permitió ir a caballo, privilegio disfrutado únicamente por los oficiales del estado mayor y los batidores del coronel Waters.

Al momento de partir, ese viejo caballero, contra quien los cargos eran vagos e indefinidos, solicitó al general Hornsby evitarle la humillación de marchar entre los prisioneros de guerra y que le agradecería como un favor muy particular el dejarle cabalgar conmigo. El general Hornsby accedió, pero advirtiendo que me hacía responsable de la entrega personal del prisionero en San Jorge. El viejo caballero y yo nos alejamos contentos de Rivas.

Además de varias haciendas, el viejo caballero poseía una magnífica casa en San Jorge, donde residía su familia. Nos adelantamos bastante a la tropa y llegamos hambrientos, por lo que mi acompañante sugirió almorzar en su casa antes de presentarnos al cuartel. Tan bueno como el almuerzo, lo fue el vino. Su esposa y tres simpáticas hijas se sentaron a la mesa con nosotros, preocupándose de que no faltara la uva en las copas; en una de tantas rondas el viejo se excusó, yendo a un cuarto contiguo. Las damas llenaron de nuevo las copas. De pronto, noté que el viejo no regresaba. Me levanté de un salto, requiriendo a la señora sobre el paradero de su marido. Ella sonrió con gazmoñería, parpadeó y me aseguró que lo ignoraba. Revólver en mano, registré el piso alto, los bajos y toda la casa pero el viejo se había esfumado. Lo busqué en el patio y el vecindario sin encontrar indicios de su paradero.

“maldito canalla se quedó con mi pistola”. *El Nicaraguense* no registra el incidente, pero el nombre de John McArdle figura entre los heridos en la batalla.⁸ Asimismo, protagonizó la anécdota del duelo relatado por Jamison en el capítulo anterior.

Cabalgando con toda la rapidez del caso me presenté en el cuartel para informar de mi infortunio al general Hornsby. Imagínense cuáles no serían mi sorpresa y disgusto al encontrar al prisionero susodicho refiriéndole entre gesticulaciones y reverencias cómo había abandonado la mesa, en donde “dejara al capitán bebiendo vino con las damas”. Explicó que se había presentado él solito ante el general Hornsby para probar que no abrigaba ningún propósito de fugarse y para demostrar que las puertas de su casa estaban siempre abiertas a los americanos. La artimaña del viejo zorro surtió su efecto, ya que el general Hornsby lo dejó en libertad bajo palabra. A las dos semanas desapareció el caballero, sin que se le pudiera encontrar.

El día que murió un soldado, el Intendente interino del regimiento se hizo cargo de sus efectos personales. Circuló con insistencia la noticia de que el soldado tenía en el bolsillo cuatro monedas de oro de a veinte dólares que se desvanecieron junto con él, aunque nunca supe si era o no verdad. De todos modos, eso bastó para producir una escena que estuvo a punto de destrozarse los nervios al Intendente interino. La clientela del atardecer de “La Taberna de a Rial”, que ese día era sólo de alistados, se reunió en dicho recinto para integrar una Corte que procesaría al Intendente interino, conforme la “Ley del Juez Lynch”, por haberse robado las monedas del muerto.

Sobra decir que se le encontró culpable, siendo sentenciado a morir en la horca. Todo estaba supuesto a ser una broma, sólo que el acusado lo ignoraba y tal vez jamás llegó a enterarse de su papel de víctima del sainete. Consiguieron una sogá, lanzaron un cabo sobre una rama del roble y ajustaron el otro extremo al cuello del prisionero. Se pronunciaron varios alegatos en pro y en contra de la ejecución, hasta que alguien propuso que dejarían en libertad al acusado si paraba a la concurrencia un tonel de diez galones de whisky del *saloon*. La moción fue vitoreada y el prisionero logró su libertad. Al día siguiente, el Intendente interino ya no amaneció en San Juan del Sur y nunca más se le vio por allí. Lo ocurrido fue una vergüenza para quienes intervinieron y sólo se puede excusar alegando que los soldados a menudo cometen actos sumamente reprochables cuando no se mantienen en constante servicio activo. A decir verdad, el Intendente interino era excelente persona.

Oriundo de Columbus, en Mississippi, el general Hornsby se imponía con su sola presencia: más de seis pies de estatura y recto como una flecha cheyenne. Afable y de grata conversación, era un personaje de gran dignidad, acentuada por una luenga barba en la que brillaban unas cuantas

hebras grises. En Nicaragua ningún rifletero igualó su puntería. En una ocasión tuvimos conocimiento de la presencia en San Juan del Sur de numerosos espías costarricenses, impartíendose órdenes de perseguirlos y matarlos. El propio general Hornsby disparó y dio muerte a un espía al intentar arrestarlo.* Uno o dos días después, con las primeras luces del alba, yo descubrí a un espía a quien ordené detenerse. El hombre huyó en dirección a la residencia cercana del cónsul francés. Mi bala se incrustó en el dintel de la puerta mientras el espía escapaba cruzando el corredor en dirección a los patios traseros de la casa.

El 13 de Octubre de 1856 por la tarde fui testigo, en Granada, de una escena tan conmovedora por su puro sentimiento que los ojos de todos los presentes se arrasaron de lágrimas. El día anterior se había librado la encarnizada batalla de Masaya, y los carniceros de Zavala habían asesinado a sangre fría a muchos de nuestros más fieles camaradas y amigos, entre ellos a varios ministros protestantes residentes en Granada. Acabábamos de desalojar a Zavala de Granada, quien dejó a doscientos de sus soldados muertos en calles, veredas y casas, además de igual número de heridos que quedaron a merced de los americanos. El general Walker no había dormido por dos días con sus noches, y, necesitando de descanso, se dirigió a una casa frente a la iglesia de San Francisco en donde nos encontrábamos algunos oficiales, entre otros el coronel Markham, el mayor Sutter, el capitán Lewis, el mayor Schwartz y yo. Se acostó en una de las hamacas del cuarto y pronto se sumió en profundo sueño.

Al poco rato entró a la habitación silenciosa y respetuosamente el padre Vijil, quien se veía cansado y preocupado, y parándose junto al caudillo dormido, con los brazos en cruz ofrendó una muda plegaria, las lágrimas rodándole por las pálidas mejillas mientras sus labios musitaban la

* El corresponsal del *Bulletin* de San Francisco informó desde San Juan del Sur el 7 de Julio de 1856: "Hace pocas semanas el general C. C. Hornsby estaba al mando de los departamentos de Rivas y Guanacaste, con sus tropas acantonadas en este lugar. El General no se distingue especialmente por hábitos de sobriedad ejemplar, y una noche, un poco más alegre que de costumbre por los efectos de numerosos tragos de líquidos que no eran precisamente agua, imaginó que el dueño de una casa en la esquina de la plaza con la calle Vanderbilt era traidor y espía. En consecuencia, a eso de las diez de la noche (una hora después de haber cerrado todos los expendios de licores en el pueblo, cumpliendo los reglamentos militares), se dirigió con el teniente Clark a dicha casa, golpeó a la puerta y exigió que se le admitiera, sin identificarse ni explicar el motivo. Al negarse a abrir el ocupante del cuarto, Hornsby rompió la puerta de una patada a la vez que disparaba su pistola hacia adentro. Un francés, panadero del establecimiento, yacía en su catre a unos tres pies de la puerta y recibió en la tetilla izquierda una bala que lo atravesó, matándolo casi instantáneamente. Apenas le dio tiempo de proferir: De haber sabido que era usted, general Hornsby, le habría abierto la puerta".⁹

inaudible súplica. Luego el padre Vijil dio media vuelta y se retiró sin hacer ruido. Nadie dijo una palabra, pero todos se conmovieron por la piedad del humilde sacerdote, y hombres cuyos ojos no conocieron por años una lágrima, bajaron la cabeza para ocultar su emoción.

Guerrero era el nombre con que lo bautizó cariñosamente la Falange Americana. *Guerrero* era un perro. Si antes tuvo otro nombre, se escondía en la oscura fronda de su ignoto árbol genealógico. Su hogar era el cuartel del ejército en Granada. Al toque del clarín y al redoble del tambor era el primero en acudir a la plaza de armas, y siempre iba a la vanguardia en las marchas y batallas con las orejas alerta y la cola estirada, igual de impaciente por el encuentro como el más osado de la tropa. Al retumbo del cañón *Guerrero* saltaba y corría detrás de la humareda hasta las fauces mismas del enemigo, y se retiraba despacio y malhumorado, haciendo alto a intervalos para lanzar miradas al adversario. Aunque siempre estaba en primera línea en el combate, ningún proyectil perforó su pellejo peludo; parecía poseer un precioso amuleto que le preservaba la vida. No había en él nada de traidor ni desleal. Las golosinas no lo sobornaban y desdenaba las caricias.

Las victorias y las derrotas surtían el mismo efecto en *Guerrero* que en los soldados. Si nos derrotaban, volvía con las orejas gachas. Fue uno de los voluntarios en la batalla de San Jacinto el 14 de Septiembre de 1856. Esa expedición fue integrada por oficiales, antiguos oficiales y civiles, quienes se ofrecieron voluntariamente para una empresa que consideraban arriesgada. La mayoría de ellos resultaron muertos. Al salir la expedición, *Guerrero* marchaba al frente, alborozado por las perspectivas de la aventura. En la retirada de San Jacinto, regresó abatido y desconsolado. Se rezagó de la vanguardia hasta ocupar un vacío en la retaguardia y así entró a Granada, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas.*

Las extrañas posturas en que quedan los hombres muertos en combate nunca me impresionaron tanto como el 12 de Octubre de 1856 en Masaya. Practicando un reconocimiento me detuve junto a un soldado que, rodilla en tierra, apoyaba su rifle en la baranda de un portón para disparar a las cabezas enemigas conforme asomaban sobre una pared de piedra al otro lado de la calle. La bala que le perforó el cráneo y lo mató ni siquiera lo dejó moverse. Supimos lo acontecido hasta que se recibieron órdenes de retirarse a una posición más segura. Entonces vimos que el pobre soldado estaba muerto, aun cuando todavía empuñaba su rifle como para

* Jamison confunde la expedición de Goicouría a Chontales en Abril de 1856 con la de Byron Cole a San Jacinto en Septiembre, en cuanto al perro se refiere. Ver Anexo N° 11.

tomar puntería.

En la época en que el general Walker ejerció el control del gobierno de Nicaragua, recibió varias visitas protocolarias del rey de los mosquitos, quien siempre se presentaba penosamente urgido de licor.* El Reino de la Mosquitia, como se le llamaba, abarcaba desde la boca del río Coco hasta el delta del río San Juan, a lo largo de la costa del mar Caribe, región de pantanos, zancudos y paludismo. Inglaterra pretendía ejercer una especie de protectorado sobre ese territorio, e incluso le asignó un soberano, a quien le decían el Rey de la Mosquitia, cuyos requisitos para el cargo eran la absoluta estupidez y una subordinación sumisa y servil hacia el gobierno inglés, que mantenía establecimientos comerciales en San Juan del Norte y Bluefields.

Cuando estuvimos en Nicaragua, este rey, el negro más tinto que he visto en mi vida, se llamaba Walk. Al emborracharse, condición usual en él, insistía en que el parecido de su nombre con el del general Walker delataba una afinidad de consanguíneos. Por fortuna para el propio Rey Walk, jamás se le ocurrió decírselo al general Walker. La sed de brandy de este Rey Walk era sólo superada por su capacidad para ingerirlo de balde.

En la primavera de 1856, un aventurero llamado Capitán Kinney pretendió el trono de la Mosquitia y llegó a Granada a proponer al general Walker una especie de alianza ofensiva y defensiva. La entrevista fue corta. Por entonces se dijo que el general Walker dio un lapso mínimo al capitán Kinney para abandonar el suelo nicaragüense, y le apresuró la partida enviándole un edecán que lo condujera al muelle. Yo vi pasar a caballo por la calle al capitán Kinney, y parecía apurado. En Granada no se le volvió a mencionar, ni a él ni a su pretendido gobierno.**

* Todos los documentos de la época concuerdan en que el "rey de los mosquitos" nunca se le acercó a Walker ni visitó Granada. La abundante correspondencia del cónsul inglés en Greytown (San Juan del Norte) no permite duda al respecto.¹⁰ Una descripción detallada del "Rey Mosco" y de su "residencia" en Bluefields, tomada de una obra publicada por "Un Artista de Nueva York", se reprodujo en *El Nicaraguense* e informa que "Su Majestad", George William Clarence por nombre y de edad 19 ó 20 años, valdría en un mercado de esclavos sureño unos mil doscientos dólares.¹¹ Por otro lado, en una gacetilla titulada "Realeza en la Cocina", un sanjuanefo comunica que "la Princesa Phillipa, hermana del Rey negro Mosquito, es ahora sirvienta en la casa de un predicador de color llamado Smith" en San Juan del Norte.¹²

**Ver datos sobre Kinney en el Anexo N° 12.



FUENTES

- ¹ United States National Archives, Executive Branch, Records of Special Missions, William Carey Jones, special agent to observe conditions in Central America and help U. S. citizens stranded by the failure of William Walker filibustering expedition, 1857-59, pp. 458-459.
- ² *El Nicaraguense*, 8 de Marzo de 1856, p. 2, c. 3.
- ³ Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 106; *El Nicaraguense*, 28 de Junio de 1856, p. 5, c. 2.
- ⁴ *El Nicaraguense*, 26 de Julio de 1856, p. 6, c. 3.
- ⁵ *Ibid.*, 31 de Mayo de 1856, p. 3, c. 1.
- ⁶ *Ibid.*, 9 de Febrero de 1856, p. 2, c. 5.
- ⁷ *Ibid.*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 2.
- ⁸ *Ibid.*, 19 de Abril de 1856, p. 1, c. 2.
- ⁹ *The Daily Evening Bulletin*, San Francisco, 21 de Julio de 1856, p. 2, c. 3.
- ¹⁰ Great Britain Public Record Office, London, F. O. 53, Mosquito General Correspondence, volúmenes 35 *et seq.*
- ¹¹ *El Nicaraguense*, 6 de Septiembre de 1856, p. 3, c. 3.
- ¹² *Ibid.*, 17 de Mayo de 1856, p. 2, c. 4.

9: MASAYA Y DESTRUCCION DE GRANADA

Batalla de Masaya — Batalla de Granada — Batalla en la Ruta del Tránsito — Llega Henningsen — Segunda Batalla de Masaya — Asedio e Incendio de Granada — El Cólera — Sufrimientos Horribles — Lucha Desesperada — El General Zavala — Muerte de Cherokee Sam — Rescate de Henningsen — Gran Victoria Naval del Capitán Fayssoux.

El Ejército Aliado comenzó a movilizarse hacia Granada en Octubre, replegándose los americanos de Managua a Masaya, y luego a Granada, cuando el enemigo se acercó a Masaya. Los Batidores del mayor John Waters cubrían la retaguardia, manteniendo vigilancia constante. En Nindirí, a una legua de Masaya, el ejército del general Martínez se unió con el del general Belloso, engrosando sus fuerzas a un total superior a los 2,400 hombres, mientras que el máximo que Walker lograba reunir no sobrepasaba los 800. Parte de la Infantería, mi compañía incluida, fue despachada a Granada con toda la rapidez posible.*

El general Belloso se detuvo en Masaya, a doce millas de Granada. Al interrumpirse el avance enemigo, el 11 de Octubre Walker movilizó su ejército y dos obuses de doce libras para atacar Masaya. La vanguardia de Walker llegó a las rondas de la ciudad poco después de anochecer, entrando por las calles que dan a la plazuela de San Sebastián. Allí tuvo lugar un violento combate, replegándose el enemigo dentro de la ciudad.

El fuego esporádico por ambos bandos duró toda la noche. Los dos obuses se instalaron en una pequeña altura cerca del camino, dominando la plazuela de San Sebastián. Yo recibí órdenes de apoyar a los obuses con dos compañías. Al rayar el alba el mayor Schwartz, jefe de la artillería, disparó unas cuantas granadas hacia la plazuela, mientras el Primer Batallón de Rifleros y el Primero de Infantería arremetían simultáneamente dando gritos, entrando a la plazuela justo a tiempo para ver los talones

* El brigadier general Hornsby remitió al capitán Fayssoux de la goleta *Granada*, en San Juan del Sur, esta esquila fechada en La Virgen el 7 de Octubre: "... Me ordenan ir a Granada con todas mis fuerzas, sin dilación alguna. Cuidate. La lucha comenzará, lo más probable, antes de que yo llegue o, a más tardar, inmediatamente después..."¹ Las tropas de Hornsby, 150 soldados de infantería en total (Jamison incluido) ingresaron a Granada ese mismo día, martes 7 de Octubre de 1856, por el vapor *La Virgen*.²

al enemigo en fuga y apoderarse de un succulento desayuno a punto de servirse.

El enemigo se replegó a la plaza principal, de donde fue imposible desalojarlo con nuestra pequeña fuerza. Se libró una lucha tenaz en la que ocurrieron numerosas hazañas de osadía personal durante todo el día y hasta medianoche, cuando un mensajero trajo la alarmante noticia de que un fuerte contingente enemigo había entrado en Granada. Por desgracia, resultó ser cierto. Desviándose por una ruta indirecta para ocultar sus movimientos, el general Zavala con setecientos hombres cayeron de sorpresa y asediaron la pequeña guarnición de Granada que había quedado al mando del coronel B. D. Fry para proteger el cuartel general y los pertrechos de guerra.

Se ordenó levantar el sitio de Masaya y regresamos a marchas forzadas para salvar a nuestra capital y su puñado de defensores. El coronel Fry tenía menos de doscientos hombres, contando entre ellos a muchos hospitalizados. A medida que nuestro ejército se aproximaba en socorro de la ciudad, los continuos disparos sonaban cada vez más claros y precisos. El batallón de infantería del coronel Markham iba en vanguardia, con mi compañía a la cabeza; cuando, a paso doble doblábamos la última curva del camino para entrar a Granada por la iglesia de Jalteva, oímos dos fuertes detonaciones de una batería escondida en los alrededores y dos gruesos proyectiles pasaron silbando sobre nosotros. A toda prisa se llevó al frente un obús de montaña, y a la primera andanada seguida de gritos de guerra y una carga impetuosa, la batería enemiga quedó en nuestras manos. Los soldados enemigos se desbandaban en todas direcciones. Avanzamos rápidamente hasta la plaza principal en donde se libró una encarnizada lucha por quince minutos. Las fuerzas de Zavala cedieron, dejando sus muertos y heridos en nuestras manos. Los americanos cogimos pocos prisioneros en ese combate.* Al general Walker le costó mucho contener a sus hombres y veintenas de enemigos fueron muertos a balazos sin piedad. Eso se hizo en represalia por los brutales asesinatos que los Aliados cometieron en Granada antes de llegar nosotros. La naturaleza humana es igual en el mundo entero; cuando padece injusticias y atrocidades clama venganza,

* "Apertura de la Campaña... ¡¡Dos Gloriosas Victorias en Dos Días!!" ocupa, en inglés, gran parte de las ocho páginas de *El Nicaraguense* el 18 de Octubre de 1856; la sección en español de ese número se limita a menos de una columna de "avisos" de la "Oficina del archivero de títulos, hipotecas, &c.", de "propiedades embargadas sujetas a confiscación" y de "TABOR & DUFFY, Abogados Licenciados en Letras", quienes "Ofresen sus servicios particularmente en asuntos contra el Gobierno".³ Tabor & Duffy eran los encargados de publicar *El Nicaraguense*, periódico del gobierno.⁴ John Tabor figuraba como *proprietor* del diario.⁵

olvidándose de los preceptos de la religión y de las costumbres civilizadas.

Mientras ocupaba la mayor parte de la ciudad, el enemigo agredió y asesinó a muchas personas inocentes que no tenían relación alguna con el ejército de Walker. El viejo y respetable ciudadano John B. Lawless, el ministro metodista reverendo W. J. Ferguson y el agente de la Sociedad Bíblica Americana reverendo D. H. Wheeler, fueron arrancados de sus hogares, llevados a la plaza y muertos a tiros con crueldad.* Un soldado guatemalteco asesinó a un niño de seis años mientras almorzaba en el comedor de su casa. Dando rienda suelta a su furia, acribillaron a balazos la bandera de los Estados Unidos que ondeaba sobre la residencia del Ministro Americano, y varias señoras refugiadas bajo su protección se salvaron de la muerte gracias a la actuación heroica de unos cuantos rifleros apostados en un punto que dominaba la residencia.

Ví caer abatidos a balazos a cantidad de soldados enemigos en el momento que levantaban las manos para rendirse. En el convento de San Francisco, donde me enviaron con un destacamento, más de treinta fueron muertos a tiros cuando intentaban escapar por una brecha abierta en la pared trasera del edificio. Los americanos sepultamos más de doscientos cadáveres recogidos en la ciudad, y en los días subsiguientes a la batalla se encontraron gran número de muertos y heridos en los alrededores.

Durante los dos días de lucha en Masaya y Granada sufrimos más de cien bajas entre muertos y heridos, contándose entre los muertos a un cubano, el gallardo coronel Lainé, edecán del general Walker. El enemigo fusiló a Lainé después de haberlo capturado. El coronel Thomas F. Fisher acompañaba al coronel Lainé cuando cayó prisionero. Ambos iban de regreso, de Masaya a Granada, y dieron de manos a boca con un fuerte contingente enemigo. Posteriormente Fisher fue agente auxiliar de pasajeros de la línea de ferrocarriles Missouri Pacific y residió por largos años en Wichita, Kansas.

En represalia por el brutal asesinato del coronel Lainé, el general Walker inmediatamente hizo fusilar en la plaza pública de Granada a dos oficiales guatemaltecos, el coronel Valderraman y el capitán Allende.** No recuerdo nada en la vida que me haya impreso en la mente todo el dolor y la amargura de la guerra con más fuerza que ese suceso. Ambos prisioneros andaban libres en Granada, con la ciudad por cárcel. Eran personas ricas, de cultura superior y modales refinados. Su comportamiento caballeroso les había granjeado la amistad y el cariño de los oficiales americanos. No

* Ver el testimonio de James Thomas en el Anexo N° 13.

**Véase las Ordenes Generales N° 202 en el Anexo N° 14.

fueron pocas las noches en que Valderraman y Allende convivieron con nosotros en nuestras fiestas y bailes, pagando su cuota de las cuentas con generosa prodigalidad.

Cuando se anunció que serían ejecutados se nos partió el alma, resultando difícil contener las lágrimas. Valderraman y Allende no perdieron la serenidad y en todos los detalles demostraron ser caballeros. En el patíbulo no aceptaron asiento ni venda, según lo prescribía la costumbre, y permanecieron juntos de pie contra el muro de San Francisco — un muro desconchado por las descargas de incontables ejecuciones en el pasado. Sus amigos americanos contemplamos con pesar a esos dos intrépidos soldados y agradables compañeros. Valderraman y Allende, fumando éste un cigarrillo, miraron de frente sin pestañear a los rifles que les apuntaban y cayeron sin proferir una queja.

Pocos días después de esas batallas llegó de Nueva York el coronel C. F. Henningsen, cuyas aventuras militares tenían el mundo entero por escenario.* Se distinguió luchando bajo Kossuth e ingresó a los Estados Unidos en la misma época en que llegó el gran patriota húngaro. Al presentarse en Granada, Henningsen recibió de inmediato el nombramiento de brigadier general y se le encomendó formar el cuerpo de artillería, tarea para la cual estaba ampliamente capacitado. Era valiente en extremo y de recursos ilimitados. En el acto organizó dos compañías de artillería y otra de minadores y zapadores.

El 2 de Noviembre el general Hornsby con parte del Primer Batallón de Infantería se trasladó de nuevo al Departamento Meridional para dar protección a los pasajeros y escoltar el cargamento de oro que cruzarían por la Ruta del Tránsito.** Desempeñó la misión sin ser hostigado por el enemigo, a pesar de contar éste con un fuerte ejército en Rivas.

* Henningsen arribó a Granada el sábado 18 de Octubre de 1856.⁶

**Para esa fecha, Jamison ya se despedía de sus compañeros de regimiento, de la aventura filibustera y del suelo nicaragüense e iniciaba su viaje de regreso a los Estados Unidos. Las Ordenes Generales N° 193, fechadas en Granada el 21 de Octubre, autorizan al "capitán J. C. Jamison, del Primer Batallón de Infantería", para ausentarse por 80 días a partir del 1 de Noviembre de 1856; "al expirar el período, se presentará ante el comandante de su regimiento para recibir órdenes".⁷

Jamison abandonó Granada con su regimiento el 1 de Noviembre a medianoche en el vapor *La Virgen* y llegó al puerto de La Virgen el día 2 a las 5 de la mañana.⁸ A las 8 p.m. del 3 salió de La Virgen, siempre en el mismo vapor, rumbo al río San Juan con los pasajeros llegados de California. Después de navegar río abajo en vaporcitos fluviales, abordó el *Texas* en San Juan del Norte, ya en el mar Caribe, y arribó a Nueva York el 16 de Noviembre.⁹ La extensa lista de pasajeros de primera del *Texas* incluye a "el Honorable J. H. Wheeler y sirviente; don Fermín Ferrer y sirviente; el coronel Anderson del Ejército Nicaragüense; el coronel Hall; el capitán Jamison" y otros oficiales del ejército de Walker.¹⁰

El 10 de Noviembre el coronel Sanders al frente de 150 rifles reforzó al general Hornsby, con lo cual sus efectivos ascendieron a cerca de 250 hombres. El general Hornsby marchó sin demora hacia San Juan del Sur para presentar batalla al enemigo, encontrando a las tropas del general Cañas apostadas en la vía del tránsito, cerca de la Casa del Medio Camino. La columna del capitán Edwards entró en acción con bizarría, intentando un flanqueo por la derecha, pero la maniobra reveló que la posición de Cañas era inexpugnable por lo cual el general Hornsby se retiró, regresando a La Virgen.

El general Walker en persona llegó a La Virgen el 11 de Noviembre, acompañado del general Henningsen y al frente de 250 hombres, con un obús. De inmediato marchó en busca del enemigo, y tras un rápido combate, Cañas huyó precipitadamente hacia San Juan del Sur. Los batidores comandados por el general Henningsen atacaron con tal ímpetu, que al acercarse a San Juan del Sur los costarricenses en retirada abandonaron armas y mochilas, huyendo sobre la costa y dejando muchos pertrechos en manos de los vencedores. La única baja importante de los americanos fue la muerte del capitán Jesse Stith, magnífico oficial, de Vicksburg, Mississippi, quien recibió un balazo en el corazón cuando la victoria ya sonreía a nuestras armas.

El general Walker regresó a Granada el 13 de Noviembre con la mayoría de sus fuerzas, dejando en La Virgen al coronel Markham con parte de la infantería para proteger la Ruta del Tránsito. El 15 de Noviembre por la mañana, con 500 hombres, un obús, dos cañoncitos de bronce y dos morteros pequeños, el general Walker se lanzó al ataque de los Aliados en Masaya. En el camino, a pocas millas de Granada, recibió informes de que el general Jerez había salido de Masaya hacia el Departamento Meridional con 800 hombres. Walker destacó a 200 de los suyos para que regresaran a Granada y se dirigieran en el vapor a La Virgen en auxilio del coronel Markham.

Con los 300 soldados restantes el general Walker avanzó a Masaya, cayó sobre el enemigo y lo desalojó de la plazuela de San Sebastián, al igual que el 12 de Octubre, pero después de tres días y sus noches de incansables combates, sufriendo bajas de más de cien hombres entre soldados y oficiales, a medianoche del 17 de Noviembre levantó el sitio y se retiró a Granada.*

* Jamison tomó la fecha del libro de Walker, pero éste se retiró derrotado de Masaya en la madrugada del 19 de Noviembre, según informan *El Nicaraguense* de Granada y el *Boletín Oficial* de León.¹¹ Al igual que las "Dos Gloriosas Victorias" de Octubre, *El Nicaraguense* destaca en sus titulares la "Derrota Total" de los Aliados.

Desde que sonó el primer tiro hasta la orden de retirada, un incesante estruendo de fusilería martilleó todo el frente mañana, tarde y noche; los americanos no disponían de tiempo para comer con regularidad, por lo que apenas tragaban uno que otro bocado de galleta dura entre disparo y disparo. Sólo logro recordar algunos pocos de los nombres de nuestros muertos y heridos: el teniente Stahl pereció; el mayor Schwartz, el capitán Ewbanks, el capitán C. H. West y el coronel Natzmer cayeron heridos de gravedad. Nunca se averiguaron con exactitud las bajas enemigas, pero se estima que fueron altas.

Al momento de levantar el sitio de Masaya, nuestras fuerzas habían desalojado al enemigo de casa en casa hasta llegar a treinta yardas de la plaza principal, en donde se reconcentró el adversario protegido por formidables emplazamientos de artillería que dominaban todas las calles de acceso. No hicieron esfuerzo alguno para perseguir al general Walker cuando se retiró a Granada, lo cual es prueba segura de que el enemigo quedó en muy malas condiciones al terminar la batalla, pues, de lo contrario, el hecho de que Walker sólo dispusiera de doscientos hombres habría sido incentivo suficiente para salir a hostigarlo.

El general Walker comunicó entonces al general Henningsen su propósito no sólo de abandonar Granada sino también de destruirla. Después de impartir sus instrucciones al general Henningsen, quien quedó al mando de la ciudad condenada a desaparecer, el general Walker con la mayor parte de sus fuerzas se embarcó el 20 de Noviembre en un vapor del lago y se dirigió al Departamento Meridional para disponer el traslado de todo su ejército y depósitos del gobierno a Rivas.

Todos los vapores del lago se movilizaron a Granada para facilitar la evacuación, y el general Fry trasladó a la isla de Ometepe a la mayoría de las mujeres y niños, además de los enfermos y heridos. Gran parte de la artillería, pertrechos y demás enseres valiosos del gobierno se colocaron a bordo de un vapor anclado frente a la playa. Mientras se efectuaba la evacuación, la antigua ciudad de Granada, escenario de cientos de combates y millares de tragedias sangrientas, era pasto de las llamas y a medida que éstas se extendían, crepitantes, envolviendo con su manto de fuego a la ciudad condenada, el alboroto se tornó indescriptible.*

La apariencia de Henningsen ha quedado grabada en mi memoria de manera indeleble. Cerca de seis pies de estatura, delgado, de tez blanca, ojos azules y pelo castaño; hombre sereno y de pocas palabras, todos sus

* Léase la narración del saqueo de las iglesias e incendio de Granada en el Anexo N° 15.

movimientos revelaban la destreza del guerrero consumado. El soldado de fortuna Charles Frederick Henningsen llegó a Nicaragua en Octubre de 1856. Nació en Inglaterra en 1815. Sirvió en los ejércitos de España, Rusia y Hungría, distinguiéndose en todos ellos. Además de militar, era escritor. El general Walker le confirió el grado de brigadier general, ostentando después el mismo rango en el ejército sureño durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.*

El muelle en la costa del lago distaba como media milla de la plaza principal de Granada, y lo conectaba con ella una calle ancha. A medio camino se encontraba la iglesia de Guadalupe, luego la de Esquipulas, y junto a la plaza, en el costado que da al lago, se remontaban señoreando sobre la ciudad las macizas torres de la majestuosa estructura de la iglesia parroquial. El lector debe tener presente que, para poder escapar, Henningsen necesitaba salir por esa calle hasta el muelle a fin de abordar los vapores anclados en el lago, por lo cual le era imperativo conservar en su poder las iglesias de Esquipulas y Guadalupe.

El general Walker esperaba que la evacuación de los bienes del gobierno y la destrucción de la ciudad se completarian antes de que llegara el enemigo, por lo que dejó a Henningsen con sólo 419 hombres y dos vapores para su transporte. Las labores de destrucción y de mudanza se efectuaron con forzosa lentitud y Henningsen aún permanecía en Granada la tarde del 24 de Noviembre, cuando el general Belloso le presentó batalla atacándolo por cuatro frentes. Las tropas de Belloso fueron rechazadas en todas partes menos en la iglesia de Guadalupe, la cual ocuparon, dominando en consecuencia la iglesia de Esquipulas y la calle que conducía al lago.

El valiente y capaz oficial de artillería mayor Swingle, batió en Jalteva a un fuerte contingente Aliado, y el mayor "Cal." O'Neal, enloquecido de dolor por la pérdida de su hermano menor, quien recién acababa de caer, se abalanzó contra el enemigo en forma espectacular. Con la cabeza descubierta y sin zapatos, montó a caballo y acaudillando a treintidós hombres destrozó a las tropas de Belloso en la iglesia de San Francisco, matando un número de enemigos superior al total de soldados que comandaba el mayor O'Neal.

Al romper el día 27 de Noviembre, el general Henningsen pasó lista de su pequeña tropa. Únicamente disponía de 227 hombres capaces de empuñar las armas, aparte de setentitrés heridos y gran cantidad de muje-

* En el ejército sureño, Henningsen alcanzó el rango de coronel en el 59 Regimiento de Infantería de Virginia.¹²

res y niños que no habían podido tomar el vapor a Ometepe.

Con la pérdida de Guadalupe, veinte hombres bajo el mando del capitán Grier quedaron aislados en las ruinas de un viejo fuerte en la costa del lago, donde se encontraban atareados trasladando carga a los vapores. Se decía que en otra época ese fuerte había sido capturado por el bucanero Morgan.

Un venezolano de apellido Tejada, que figuraba entre los soldados de Grier, desertó y se pasó al enemigo. Con la información proporcionada por él, una fuerza aplastante cayó sobre Grier y sus hombres, matándolos a todos a cuchillo. Este mismo Tejada había sido liberado de las cadenas de la prisión por el general Walker cuando capturó Granada el 13 de Octubre de 1855, y así le correspondió, con vil ingratitud traicionando a los bizarros soldados de Grier.

El 27 de Noviembre Henningsen sacó a sus heridos de la iglesia parroquial y comenzó a abrirse paso hacia la costa del lago. Para esa fecha ya había incendiado y convertido en ruinas humeantes todos los edificios alrededor de la plaza, a excepción de la parroquia y el cuartel. Luego procedió a colocar varios quintales de pólvora bajo una de las torres de la iglesia, y retirándose con sus tropas a una distancia prudencial, trazó un reguero al que le prendió fuego con un fósforo. Se produjo un fogonazo, seguido de un estruendo ensordecedor debido a la explosión que estremeció la tierra, mientras la pesada torre volaba en pedazos por los aires. Al estallido, el enemigo acudió como un solo enjambre a la plaza, sólo para encontrarse con una escena tan aterradora que lo hizo retirarse lleno de consternación. Derruido y desolado, el edificio presentaba un aspecto tétrico, igual al de las ruinas de Cartago.

Henningsen confrontaba una situación desesperada, sin barricadas para poder defenderse de las abrumadoras fuerzas enemigas; si deseaba conservar la vida, a todo trance necesitaba llegar al muelle en el lago. Para el éxito de esa empresa, era indispensable desalojar a los Aliados de las iglesias de Guadalupe y Esquipulas, pues de lo contrario tendría que atravesar una doble cortina de balas que ineludiblemente aniquilaría a los americanos.

En la mañana del 28 de Noviembre, mientras se preparaba el asalto de ambas iglesias, el enemigo envió bandera de parlamento exigiendo la rendición incondicional de los americanos; Henningsen replicó con una desafiante negativa.

La iglesia de Esquipulas fue tomada sin sufrir bajas, pero en Guadalupe el enemigo presentó tenaz resistencia y mató dieciséis americanos antes

de que éstos lograran abrirse paso y echarlo a la calle. Los Aliados contrataron repetidas veces en oleadas sucesivas tratando de recuperar el templo, sólo para ser rechazados en cada una de ellas, hasta que finalmente se descorazonaron al ver a sus muertos amontonados junto a las puertas y desparramados por todas partes en la calle. Sus ataques cesaron temporalmente.

A los horrores de la guerra, que consumía la sangre y las fuerzas de los americanos, vino a sumarse el espectro de la peste con la aparición en forma maligna del cólera morbo. Eran tantos los muertos y agonizantes que el cuerpo médico se vio físicamente incapacitado de poder atender a las víctimas. Entre las que sucumbieron de esa espantosa enfermedad estaba Mrs. Bingham, esposa del actor Edward Bingham, quien había llegado de los Estados Unidos a Centroamérica con su compañía teatral. Mujer encantadora, se consagró a la asistencia de los heridos y a compasivos actos piadosos para con los muertos. Más de un duro y fogueado veterano rompió a llorar al enterarse que Mrs. Bingham ya no figuraba entre los vivos.

El general Zavala, nuevo comandante de los ejércitos aliados, se enfureció por el desprecio con que Henningsen rehusó rendirse y ante la firme resistencia que los americanos presentaban en todos los puntos donde se les atacaba. Casi al anochecer del 28 de Noviembre, Zavala concentró una poderosa fuerza, disponiéndose a reconquistar la iglesia de Guadalupe. Henningsen detectó el movimiento desde el comienzo, pero esperó hasta que el enemigo hubo avanzado a escasos centenares de yardas de las baterías de Swingle y Schwartz, y lo barrió con una lluvia de metralla. Los soldados de Zavala cayeron como espigas bajo la guadaña, pereciendo más de cien y el resto huyendo espantados. El enemigo se replegó a distancia prudencial, quedando por el momento los americanos en posesión de la iglesia y de las casas vecinas.

Para el primero de Diciembre, octavo día del sitio, la dieta de los americanos se vio reducida a carne de mula, y hasta ese duro y desagradable alimento se tornaba más escaso de hora en hora. Colocando al teniente Sumter Williamson con treinta hombres para proteger la retaguardia, el general Henningsen empezó a abrirse paso poco a poco hacia el lago, ocupando primero una casa y luego otra y ganando algún terreno durante el día, sólo para verse obligado a retroceder al día siguiente. El enemigo efectuó en sucesión continua más de veinte ataques desesperados contra la iglesia de Guadalupe, pero los treinta de Williamson eran invencibles.

El 8 de Diciembre el general Zavala remitió otra carta al general Hen-

ningsen implorándole que se rindiera y así poner fin al inútil sacrificio de vidas humanas. Lacónicamente, Henningsen replicó que “sólo parlamentaría por boca de cañón”.

Cabe preguntarse por qué, durante esta sangrienta lucha, no se realizó ningún esfuerzo para desembarcar tropas en socorro de los sitiados en Granada. La razón es sencilla — las pocas que había, eran imprescindibles donde estaban. Desafortunadamente, los americanos pasaban tremendos apuros.

El 7 de Diciembre llegaron a La Virgen cerca de 200 hombres procedentes de Nueva Orleans y de inmediato se les despachó a apoyar la guarnición de San Jorge, el puerto lacustre a tres millas de Rivas, ya que el general Cañas ocupaba esta última ciudad con 800 soldados.

Una de las glorias de mis compatriotas es el hecho de que no ceden ni abandonan la pelea, aun cuando parezca que no hay esperanza alguna. La fortaleza de ánimo de los sitiados en Granada continuaba inquebrantable en la noche del 12 de Diciembre cuando un vapor ancló cerca de la costa, fuera del alcance de los cañones enemigos, en que viajaba el propio general Walker y 160 hombres comandados por el coronel Waters. Silenciosamente y con todas las luces encubiertas, a eso de las nueve dicho vapor se trasladó a un punto situado tres millas al norte de la ciudad y desembarcó las tropas, permaneciendo el general Walker a bordo. La línea de marcha se inició a lo largo de la costa.

Pronto hicieron contacto con fuertes contingentes enemigos y desde ese momento rugió incesante la batalla, iluminando la noche con lenguas de fuego que salían de rifles y fusiles. Los americanos avanzaron paso a paso, haciendo ceder al enemigo ante sus descargas mortíferas. En Guadalupe, el corazón de Henningsen y sus hombres se estremeció de júbilo al escuchar las andanadas de fusilería y los gritos de sus camaradas que avanzaban. Granada era una pesadilla macabra — un incesante desfile de quienes caían retorciéndose de dolor por el cólera o sentían la aguda mordedura de las balas que les hacían brotar la sangre en torrentes por donde se les escapaba la vida. Al fin, Waters unió sus fuerzas a las de Henningsen y el enemigo se replegó, sin hacer después ningún esfuerzo serio para impedir que los americanos se trasladaran al muelle y se pusieran a salvo.

Para rescatar a sus compatriotas sitiados en Granada, muchos valientes ofrendaron sus vidas con espontáneo heroísmo, pero ninguno lo hubo más bravo que el indio cherokee Samuel Leslie, quien a la par del capitán Crawford acaudilló las fuerzas de choque en tres exitosos asaltos a las trin-

cheras aliadas, sólo para caer abatido con una bala enemiga en el cráneo en el preciso momento en que llegaba a Guadalupe.

Sus camaradas lo apodaban cariñosamente "Sam el Cherokee".* Ingresó al ejército de Walker como soldado raso y ascendió a capitán gracias a sus genuinas cualidades humanas y guerreras. Leslie demostró ser todo un *bravo* al acometer una misión peligrosa durante ese avance de Waters sobre Granada.

Después de vencer la última trinchera aliada interpuesta en su camino, el coronel Waters ignoraba si encontraría otras más adelante. De haberlas, significaba librar otros tantos combates, con la consiguiente demora para efectuar el enlace con Henningsen. De ahí la necesidad de hacer saber al general Henningsen que se encontraban en las cercanías. Parecía improbable que quien se hiciera cargo de esa misión escapara con vida. El coronel Waters llamó a Leslie a su lado, ambos sostuvieron una plática en voz queda y el indio cherokee desapareció en la oscuridad. Su Manitú, el dios de las guerras y de las praderas, lo acompañaba, ya que logró llegar adonde Henningsen y regresar sano y salvo.

Eso fue una suerte para los libertadores ya que Waters planeaba seguir una ruta en la cual un fuerte destacamento enemigo le tenía preparada una emboscada, y de haber caído en ella ineludiblemente lo habrían aniquilado. Guiado por el capitán Leslie, el pequeño ejército libertador avanzó sin encontrar resistencia, uniéndose a los sitiados. Se congratulaban mutuamente en la iglesia de Guadalupe, cuando vieron tambalearse al capitán Sam *El Cherokee* Leslie, quien agitando los brazos cayó de cabeza al suelo, muerto de un balazo en el cráneo a la hora de la victoria.

De los 160 hombres del coronel Waters, catorce perecieron y treinta resultaron heridos. De los 419 que acompañaban a Henningsen al comenzar el sitio de Granada el 24 de Noviembre, 120 fallecieron del cólera y 110 fueron muertos o heridos en combate. Únicamente dos cayeron prisioneros, y que permanezcan en el olvido cuarenta cobardes e infames que desertaron.

Alrededor de las dos de la madrugada del 14 de Diciembre subió a bordo del vapor *La Virgen* el último de los invencibles héroes de Henningsen.** Tan terrible y repentino fue el ataque de la columna libertadora,

* El "cariñosamente" no lo compartían todos los filibusteros; por ejemplo, Hiram Marshall opinaba que *Cherokee Sam* era "un oficial bestial". Léase su testimonio en el Anexo N° 19.

**Jamison copió la fecha "14" de Walker.¹³ El libro de bitácora del vapor *La Virgen* y las fuentes centroamericanas coinciden en señalar el 13.¹⁴ Haciendo escala en Moyogalpa, en la isla de Ometepe, el vapor llegó a San Jorge a las cinco de la tarde. El capitán (después Mayor) Horace Bell se encontraba en el puerto

que el enemigo cedió en todos los frentes, abandonando los parapetos del viejo fuerte junto al muelle y dejando libre y expedito el pase de Henningsen al lago.

Al momento de abandonar para siempre aquella postrada ciudad en ruinas, el general Henningsen clavó en su suelo ensangrentado una lanza con la siguiente leyenda: "Aquí fue Granada".

Así llegó a su término uno de los eventos más memorables en los anales de las guerras centroamericanas — memorable por la disparidad en número de las fuerzas contendientes ya que las tropas nativas superaban a los americanos diez a uno, e incluso veinte a uno; memorable por las hazañas realizadas, el intrépido coraje y el espíritu de lucha de los hombres; y, sobre todas las cosas, memorable por lo prolongado del sitio (desde el 24 de Noviembre hasta el 14 de Diciembre), tiempo durante el cual la pequeña tropa de Henningsen desafió y desbarató todos los esfuerzos que hicieron las abrumadoras fuerzas enemigas para destruirla. Veinte largos días de continuo batallar en los que no se conoció el descanso ni se libraron del olor a pólvora un solo instante del día o de la noche. Aunque los moralistas condenen su causa y sus motivos, nunca podrán rebajar la valentía y entereza de la guarnición sitiada.

y narra:

"El vapor llegó repleto con parte de la fuerza expedicionaria de rescate y con muchos de los liberados. Comenzaron a desembarcar inmediatamente, y de todos los ejemplos de hombres podridos, purulentos y víctimas del infortunio, no existe ninguno más horrible que los que estuvieron enjaulados en las ruinas humeantes de Granada. Casi todos venían heridos y todas las heridas, por pequeñas que fuesen, hervían hasta el borde de gusanos. Algunos traían las piernas, brazos, cuerpo y hasta el rostro, cubiertos por esas horribles criaturas. No era nada raro extraerle un litro o medio galón de gusanos a una persona, y yo mismo presencié cuando a un hombre se le extrajo de la cara medio litro. El lector pensará que este relato es demasiado asqueroso para leerse. Si así le pareciere, ¿cómo sería para quienes lo vimos y, en especial, para quienes lo sufrieron en sus propias carnes?

"Un coronel, herido en el tobillo, me aseguró que los gusanos no le molestaban mucho hasta que comenzó a sentir que se le trepaban arrastrándose pierna arriba; entonces creyó que lo volverían loco. Las medicinas se habían enviado a bordo del vapor antes de que el resto de los filibusteros quedaran atrapados y por ese motivo las heridas se infestaron tanto. El calomel era el único remedio de que disponíamos para las pestes tropicales. Al aplicársele calomel a las heridas, los gusanos las evacuaban instantáneamente. Muchos pobres desventurados murieron en el vapor durante la travesía y sus cadáveres se arrojaron al agua; el oleaje sacó algunos a la costa en San Jorge.

"Al día siguiente llegó el resto de la guarnición rescatada y de sus libertadores; desembarcaron, se les condujo a la ciudad y se les atendió. Créeme, lector, que todos aquéllos aptos para el trabajo se encontraron muy pronto con las manos ocupadas. Los expedicionarios que liberaron a los sitiados estaban horriblemente maltratados; volvieron con heridas abiertas, piernas rotas y brazos deshechos, tras su desesperada lucha nocturna cuerpo a cuerpo que narraré enseguida..."¹⁸

Ya en las páginas precedentes se mencionó a nuestra diminuta marina de guerra — la goleta *Granada*, antigua *San José*, que el general Walker confiscó al gobierno costarricense. La pequeña *Granada* desplazaba setenta y cinco toneladas y navegaba al mando del teniente C. I. Fayssoux, oriundo del Estado de Missouri. Se le dotó de veintiocho tripulantes y dos cañonitos de seis libras. En la mañana del 23 de Noviembre la *Granada* fondeaba en la bahía de San Juan del Sur.

En horas de la tarde de ese día se presentó en son de guerra el bergantín costarricense *Once de Abril*, así bautizado en honor a la segunda batalla de Rivas. Iba al mando del capitán Antonio Villarostra, con una tripulación de 114 hombres y cuatro cañones de nueve libras.

Inmediatamente Fayssoux tocó zafarrancho de combate y a las seis de la tarde se inició la batalla a corta distancia. Después de casi dos horas de fuego sostenido, un disparo del *Granada* acertó de lleno en la santabárbara del *Once de Abril*, cuya explosión destrozó al bergantín. Sus tripulantes fueron lanzados al mar, procediendo la *Granada* a recoger a los sobrevivientes que luego llevó al puerto. Constituye ésta una victoria gloriosa para la pequeña goleta, y el gobierno de Nicaragua ascendió al rango de capitán al teniente Fayssoux, regalándole además la hermosa hacienda rivense El Rosario en recompensa por sus servicios. En el combate, Fayssoux tuvo un muerto y ocho heridos.



FUENTES

- ¹ Fayssoux Collection, Item 32.
- ² *El Nicaraguense*, 11 de Octubre de 1856, p. 3, c. 1.
- ³ *Ibid.*, 18 de Octubre de 1856, p. 4, c. 2; p. 8, c. 4.
- ⁴ *Ibid.*, p. 2, c. 1.
- ⁵ *Ibid.*, p. 1, c. 1.
- ⁶ *Ibid.*, 25 de Octubre de 1856, p. 5, c. 1.
- ⁷ *Ibid.*, p. 2, c. 2; Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 198.
- ⁸ United States National Archives, Executive Branch, Records of International and Domestic Claims Commissions (1795-1932), Claims Against Costa Rica Under the Convention of 1860, Log of Lake Steamer *La Virgin*, Noviembre de 1856.
- ⁹ *Ibid.*; *The New York Herald*, 17 de Noviembre de 1856, p. 1, c. 1.
- ¹⁰ *The New York Herald*, 17 de Noviembre de 1856, p. 8, c. 1.
- ¹¹ Walker, *The War in Nicaragua*, p. 312; *Boletín Oficial*, León, 21 de Noviembre de 1856, p. 1, c. 1; *El Nicaraguense*, 22 de Noviembre de 1856, p. 3, c. 1.
- ¹² United States National Archives, Compiled Service Records of Confederate Soldiers Who Served in Organizations from Virginia, Microcopy N° 324, Roll N° 1004.
- ¹³ Walker, *op. cit.*, p. 339.
- ¹⁴ United States National Archives, ... Log of Lake Steamer *La Virgin*, Diciembre de 1856; Pérez, *op. cit.*, p. 162.
- ¹⁵ Horace Bell, "Confessions of a Filibuster", *The Golden Era*, San Francisco, 7 Mayo — 1 Octubre, 1876, capítulo 13.

10: LA RENDICION DE WALKER EN RIVAS

El Sarapiquí — El Castillo — San Carlos — Los vapores del Río y del Lago — Walker Rodeado — El Sitio de Rivas — Se Lucha Cuerpo a Cuerpo — Los Refuerzos en Punta Arenas y en Rivas — La Rendición — Las Cláusulas de la Capitulación — Noble Conducta del Capitán Fayssoux.

El general Henningsen y sus tropas rescatadas de Granada llegaron por vapor a San Jorge el 15 de Noviembre* e inmediatamente el general Walker marchó sobre Rivas. El enemigo huyó a la primera noticia de que Walker se aproximaba y éste ocupó Rivas sin encontrar resistencia.

La situación se tornaba cada vez más amenazante en el Sarapiquí y en los ríos San Carlos y San Juan, desde el fuerte de San Carlos hasta San Juan del Norte y el mar. El capitán Thompson se dejó sorprender y capturar en la desembocadura del Sarapiquí por una fuerza costarricense al mando de un sujeto llamado Spencer; el capitán Kruger, comandante del Fuerte San Carlos, se rindió al enemigo; cayó el Fuerte de El Castillo y los costarricenses se apoderaron de todos los vapores lacustres y fluviales, excepto el *San Carlos*, el vapor más grande del lago. Debido a las difíciles comunicaciones a través del lago, el general Walker desconocía que habían ocurrido todas esas desgracias, y al llegar los viajeros de San Francisco se les puso a bordo del *San Carlos* para cruzar el lago en dirección al San Juan, ignorando los peligros a que se expondrían tanto la nave como sus pasajeros. El enemigo se apoderó del vapor *San Carlos* al hacer escala en el Fuerte San Carlos, completando en esa forma su dominio indiscutible de la vía fluvial y lacustre.

En esos momentos críticos, el coronel Lockridge llegó a San Juan del Norte al frente de 200 ó 300 hombres, sólo para encontrarse con que era imposible seguir adelante. Acampadas en Punta Arenas, las tropas de Lockridge estuvieron expuestas a múltiples e irritantes vejaciones de parte de la oficialidad naval británica, por lo que se vieron obligadas a trasladarse a otro lugar. El general Robert Wheat, quien se había cubierto de gloria y de fama en la guerra con México, no pudo soportar los insultos

* Fue en Diciembre.

a su persona y desafió al capitán Cockburn del barco *Cossack* de Su Majestad, pero éste se negó a batirse.

Aun cuando todos los vapores y otras embarcaciones del lago se encontraban en poder del enemigo, se juzgó factible que los refuerzos capturaran el Fuerte San Carlos y cruzaran de algún modo el lago para unirse a Walker antes de que lo abatieran en Rivas. Eso se pudo haber logrado, de no ser por un fatal error del coronel Titus, tipo fanfarrón, originario de Kansas en donde adquirió cierta notoriedad luchando en la frontera, y de Kansas llegó a Punta Arenas con algunos aventureros. Era evidente que, para cruzar el lago en ayuda de Walker, primero debía de recuperarse el Fuerte San Carlos y debía de limpiarse de enemigos el río San Juan. Tanto el coronel Lockridge como el coronel Anderson consideraban que, una vez en posesión del fuerte y del río, estarían en capacidad de capturar también uno de los vapores del lago para en él dirigirse adonde Walker.

El coronel Titus insistió en que se le diera el mando de la expedición, lo cual se le concedió a regañadientes. Al llegar Titus con sus fuerzas a El Castillo, exigió pomposamente la rendición; y cuando el enemigo le solicitó un plazo de veinticuatro horas para darle a conocer su respuesta, se lo concedió pomposamente. Los costarricenses aprovecharon ese lapso de tiempo para reforzar la guarnición con varios centenares de hombres y al final Titus salió derrotado, sufriendo bajas considerables. De atacar la fortaleza tan pronto la tuvo a la vista, la habría tomado sin encontrar mayor resistencia.

Los dos vaporcitos del río carecían ya de utilidad práctica para los americanos, pues sería inútil intentar un nuevo ataque a El Castillo con su guarnición reforzada. Los americanos abandonaron toda esperanza de llegar donde Walker y regresaron a San Juan del Norte, dejando en posesión del río a los costarricenses. Al bajar por el río hacia San Juan, explotó accidentalmente la caldera del vapor *Scott* ocasionando la muerte de algunos americanos. En San Juan del Norte recibieron la noticia de la rendición de Walker, por lo que retornaron a los Estados Unidos. Si estos refuerzos al mando de Anderson y Lockridge, armados con rifles de largo alcance, hubieran logrado unirse a Walker en Rivas, es posible que éste nunca se rindiese y que las armas aliadas fuesen las derrotadas en vez de alcanzar la victoria. Antes de la rendición, el coronel Lockridge y unos pocos más lograron, vía Panamá, unirse a los sitiados en Rivas, pero no lograron burlar la vigilancia de las marinas de guerra inglesa y norteamericana para pasar el grueso de los refuerzos.*

* Lockridge no llegó a Rivas; quien llegó fue Titus.¹

El fracaso de esas expediciones disipó para siempre la esperanza que Walker pudiera albergar de recuperar los vapores del río y del lago, y de recibir auxilios de los Estados Unidos a través del San Juan. Todos los vapores lacustres y fluviales estaban en manos enemigas. Lo más que podría esperar eran pequeñas cantidades de pertrechos y gente procedentes de San Francisco. El horizonte se le ensombrecía.

Cercado en Rivas, el general Walker sólo contaba con una salida al mundo exterior: la ruta al océano Pacífico por San Juan del Sur en donde su solitario barco de guerra, el *Granada*, aún ondeaba desafiante en los mástiles la bandera de Nicaragua.

En situación tan desesperada, el general Walker hizo cálculos de sus fuerzas reconcentradas en Rivas el 3 de Enero de 1857. El informe de esa mañana, publicado por el Ayudante General Phil. R. Thompson, mostraba un total de 919 hombres, veinticinco de los cuales pertenecían al Servicio de Municionamiento, quince al cuerpo de Intendencia, veinte a la Administración y doce a la Banda del regimiento. Después de deducir a los enfermos hospitalizados y a sesenta hombres en servicios especiales, la fuerza real disponible para la lucha se reducía a 518 soldados.

Para entonces el general Henningsen había recibido su ascenso a brigadier general, Edward J. Sanders también a brigadier general, y el Ayudante General Thompson a coronel. Tales distinciones no conllevaban garantía alguna de recompensa por parte de un pueblo fuerte y guerrero, pero sí simbolizaban el honor de las armas al igual que si el gran Napoleón en persona les hubiese sonreído bajo el sol de Austerlitz.

En Rivas se prepararon a toda prisa las obras de defensa para resistir la ofensiva aliada que se sabía estaba a punto de desatarse. Sin embargo, no fue sino hasta el 27 de Enero que éstos se presentaron en Obraje, cerca del río Gil González, tres leguas al norte de Rivas.* Iban al mando del general Cañas, recién nombrado Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados.

El coronel O'Neal fue enviado a practicar un reconocimiento, encontrando al general Cañas fuertemente atrincherado, disponiendo de entre 900 y 1,000 hombres. O'Neal sufrió algunas bajas en la escaramuza, contándose entre ellas al capitán Finney. Pernoctó cerca de Obraje y a la mañana siguiente regresó a Rivas. Por la noche el general Henningsen se aproximó con un obús de montaña a las líneas enemigas, logrando constatar que estaban demasiado fuertes para poderlas tomar por asalto.

El general Cañas estaba bien enterado de la desesperada situación de

* Fue el 26 de Enero, de acuerdo a Walker.²

los americanos; pero también conocía y respetaba tanto sus cualidades guerreras, que decidió avanzar con cautela. El 28 de Enero en la noche ocupó San Jorge con un poderoso ejército, levantó barricadas y se atrincheró. El general Walker trató en vano de atraer a los Aliados a campo abierto, por lo que dispuso atacarlos en sus reductos.

Temprano en la mañana siguiente, el general Henningsen lanzó un furioso asalto sobre San Jorge con el Primero y Segundo Batallones de Rifleros y parte de la Infantería al mando del coronel Jacquess, apoyados por un obús de doce libras y otro de seis. Entraron a la población y se entabló un combate a quemarropa. Las defensas eran demasiado fuertes y la ventaja del adversario demasiado grande, por lo que Henningsen fue rechazado sufriendo severas pérdidas de alistados y oficiales.

Enardecidos por esa aparente victoria, fuertes contingentes enemigos salieron en persecución de los americanos, quienes con gran espíritu de lucha se les enfrentaron infligiéndoles tal derrota y carnicería que los Aliados se llenaron de consternación, abandonando más de cien muertos y heridos en los plataneros de los alrededores.*

Las barricadas de San Jorge constituían un constante reto que los americanos no podían pasar por alto y en la tarde de ese mismo día volvieron al ataque, sólo para sufrir considerables bajas. En esa oportunidad, la Infantería del coronel Jacquess logró penetrar dentro de las fortificaciones, donde las balas partían y herían saliendo y silbando por todas las rendijas; el cielo mismo parecía salpicarse de sangre. Bajo esa tempestad de fuego, humo y plomo, los americanos perdieron ochenta hombres entre muertos y heridos, quedando a merced del enemigo aquéllos que cayeron junto a las trincheras. El coronel Jacquess recibió un balazo en los riñones, el capitán Dusenbury una herida mortal y los capitanes Russell y Wilkinson cayeron muertos.

Estos estragos debilitaron las filas del pequeño ejército de Walker. El 30 de Enero al atardecer, el general Walker marchó con 250 hombres a San Juan del Sur para encontrar al vapor *Orizaba* que se esperaba con procedencia de San Francisco. Únicamente cuarenta reclutas desembarcaron para servir en el ejército de Nicaragua.** Aunque inferior a los 300 hombres, la tropa fue considerada por los Aliados como de auténticos matines guerreros y se abstuvieron de presentar batalla; Walker regresó a Rivas el 3 de Febrero sin ser molestado.

* Walker estima, "sin exagerar, por lo menos cincuenta".³

**El *Orizaba* prosiguió su travesía a Panamá y sus pasajeros llegaron a Nueva York en el *Tennessee* el 21 de Febrero; lo que llegaron contando acerca de las tropas de Walker que vieron en San Juan del Sur se puede leer en el Anexo N° 16.

Los clarines sonaron ese día al atardecer y las calles y gentes de Rivas vieron desfilar a doscientos hombres, encabezados por el propio general Walker, rumbo a las trincheras de San Jorge.* Pero ni el *Predestinado de Ojos Grises* en persona podía desviar la lluvia de balas ni contener los torrentes de sangre con que concluyó el asalto. Las pérdidas sufridas por los americanos fueron aterradoras, contándose entre los heridos de muerte al coronel O'Neal y a los tenientes Blackman y Gray. Esa noche, incessantes gemidos poblaron la oscuridad en el campo de batalla.

Durante los meses de Febrero, Marzo y Abril, hasta que llegó el primero de Mayo, los americanos se empeñaron en continuos ataques, pero los esfuerzos sobrehumanos que hicieron para vencer a los Aliados en San Jorge fueron siempre rechazados. Tales fracasos envalentonaron al enemigo que desplegó sus fuerzas en torno a Rivas con el propósito de cercarla y tomarla por asalto. Ese intento le costó muchas vidas entre su oficialidad más selecta, fuera de la pérdida de casi cuatrocientos hombres. Entonces optó por un método más seguro, aunque más lento: el de rendir por hambre a los americanos.

Mientras tanto, el desastre acechaba a la marina nicaragüense en San Juan del Sur, en el océano Pacífico. El 6 de Febrero ancló en el puerto la corbeta norteamericana *St. Mary's*, del comandante Charles H. Davis. Cuatro días más tarde hizo su arribo el navío de Su Majestad Británica *Esk*, al mando de Sir Robert McClure, quien el 11 de Febrero remitió una orden al capitán Fayssoux exigiéndole que subiera a bordo del barco inglés para que explicara quién le había autorizado a enarbolar la bandera de Nicaragua.

El valeroso Fayssoux rehusó subir a bordo del *Esk*, respondiendo que su gobierno le autorizaba a enarbolar su bandera. La actitud desafiante de Fayssoux enfureció al comandante británico, quien amenazó con hacer volar al *Granada* a menos que su capitán accediera a sus demandas. Eso a su vez enardeció la sangre del comandante del *Granada*, resuelto a no abandonar su embarcación.

Viendo que sus amenazas no surtían efecto y deseando evitar un combate, el comandante McClure le envió al capitán Fayssoux como emisario a un teniente portador de una nota amistosa mediante la cual lo invitaba a subir a bordo del *Esk*. Fayssoux condescendió noblemente a la propuesta, y tras haber regresado al *Granada* recibió a su vez la visita del comandante británico en calidad de huésped. Poco después tuvo a bordo al capitán

* Era de madrugada, el 4 de Febrero; y los clarines de seguro guardaron silencio para no alertar a los Aliados sobre la maniobra, ya que el ataque "los tomó enteramente por sorpresa".⁴



HENNINGSSEN

"Señor . . . Su orden ha sido cumplida: Granada ha dejado de existir" (p. 241).



LA PARROQUIA: "... procedió a colocar varios quintales de pólvora bajo una de las torres de la iglesia (...). Se produjo un fognazo (...) mientras la pesada torre volaba en pedazos por los aires" (p. 162).



TEMPLO DE GUADALUPE

INFIERNOS EN GRANADA: 1856 Y RIVAS: 1857

"A eso de medianoche el viejo cañón de bronce 'Barcelona', de 24 libras, que vigilaba el muelle, vomitó la orden de fuego; en pocos momentos la antes altiva ciudad ardía bajo las llamas y era víctima del pillaje y de la rapiña" (p. 242).

"... la plaza estaba amontonada de mugeres y niños, unos pidiendo protección a Dios, otros echando maldiciones sobre sus despojadores, y otros apareciendo como monumentos silenciosos y mudos de desesperada desconfianza" (p. 245).

INFORME DE HENNINGSSEN: "... al encerrarnos en Guadalupe, encontramos 20 cadáveres de zapadores y de la compañía de Green, sin enterrar; uno carbonizado y con las manos atadas (...) cerca de 60 cadáveres en putrefacción a nuestro alrededor producían un hedor extremadamente ofensivo". ("Picayune", 17-1-57).



HOSPITAL DE GRANADA

"Allí [en el hospital de Granada] yacen a cada lado de los vastos aposentos, sobre catres o en colchones puestos en el suelo. Un opresivo malolor de heridas fétidas, o de cuerpos en descomposición por las fiebres malignas, flota en el aire caliente. Los pobres sujetos le miran a uno al pasar con ojos pesarosos, o faltos de brillo. Tienen puestas sus viejas y sucias ropas de lana. Los cuerpos sin lavar; la secreción de las heridas ha criado gusanos en algunos de los camastros y el hedor es insostenible. Sus caras macilentas están llenas de mugre. (...) Todo esto yo lo ví y fuí parte"... (HARPER'S WEEKLY, 14-III-57).

"Ese asqueroso esqueleto viviente que yace allí, con la carne mugrienta apenas necesaria para taponarle los huesos, fue herido hace muchos meses en Massaya. (...) Más de un centenar de sombras humanas exhalan sus últimos suspiros, retorciéndose entre dolorosísimas agonías. (...) Otros yacen desnudos (...) cagados por las moscas que negrean sobre ellos (...). ¡Tres veces bendito es el pobre infeliz que encuentra alivio en la muerte! (...) Así 'era' el hospital de Rivas" (p. 249).

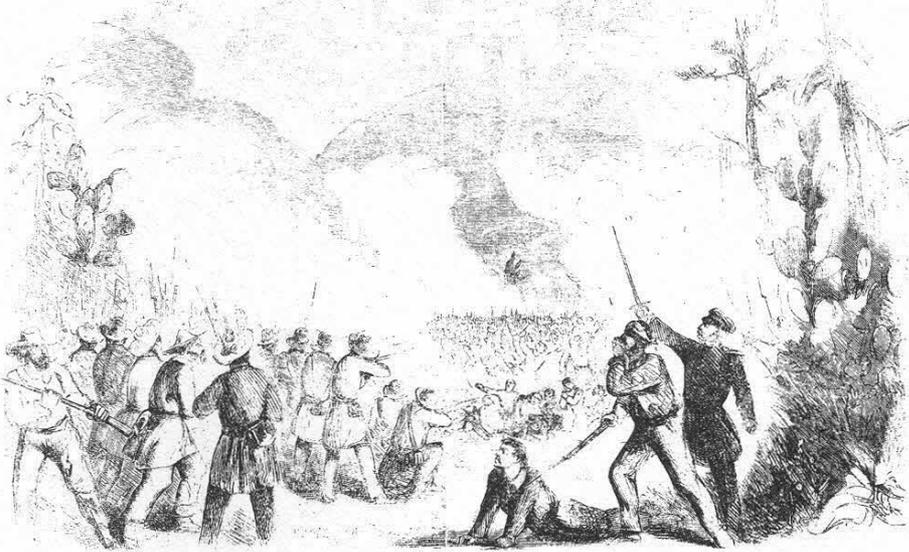


DESEMBARCANDO HERIDOS

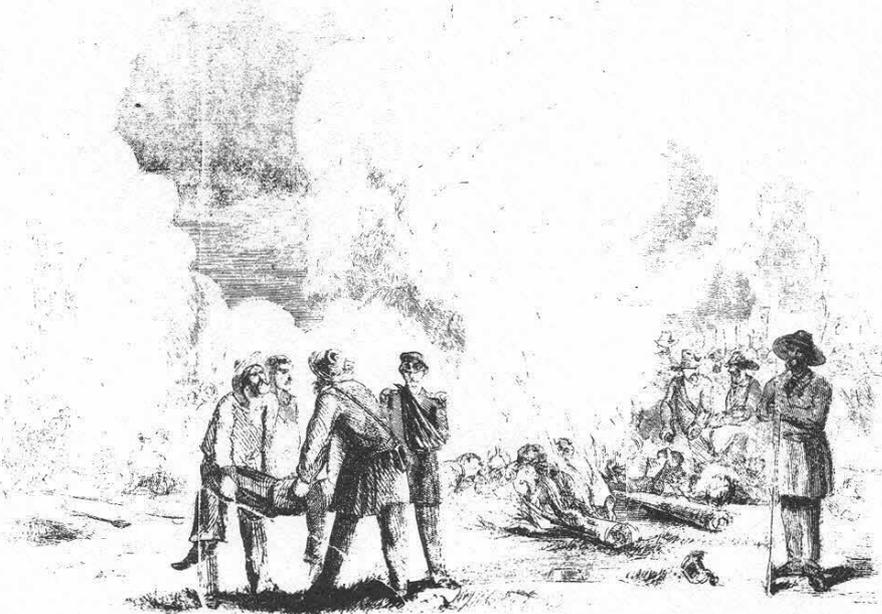
"El descenso desde la cubierta del vapor hasta el fondo del lanchón puede haber sido de ocho pies. El sufrimiento de los heridos y moribundos al ser trasladados (...) era verdaderamente terrible (...). Algunos gritaban de agonía, pero la mayoría se comportaba con entereza masculina". (HARPER'S..., 28-III-57).

El 16 de Marzo de 1857, Walker atacó San Jorge en fuerza, con artillería, siendo rechazado; Jerez salió a cortarle la retirada y se libró otra sangrienta batalla en Las Cuatro Esquinas al replegarse los filibusteros a su base en Rivas.

COMBATE

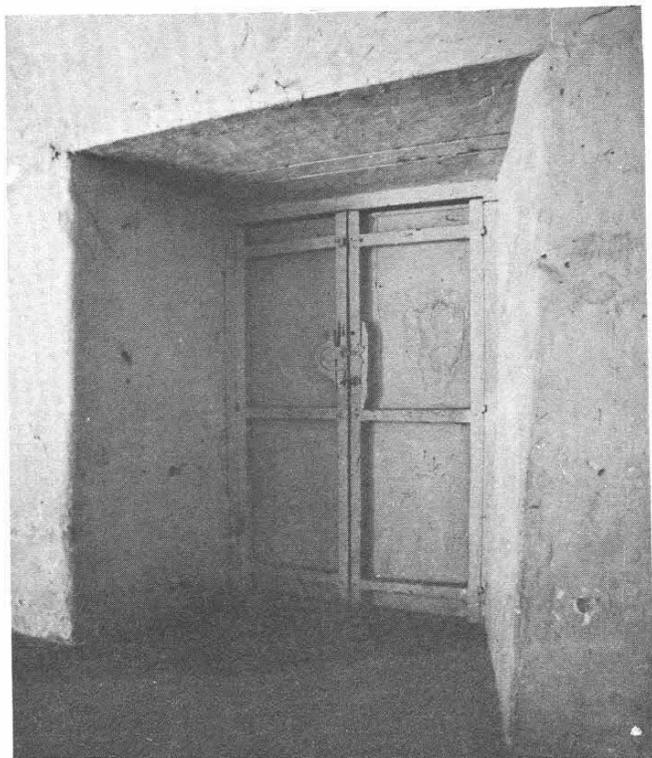
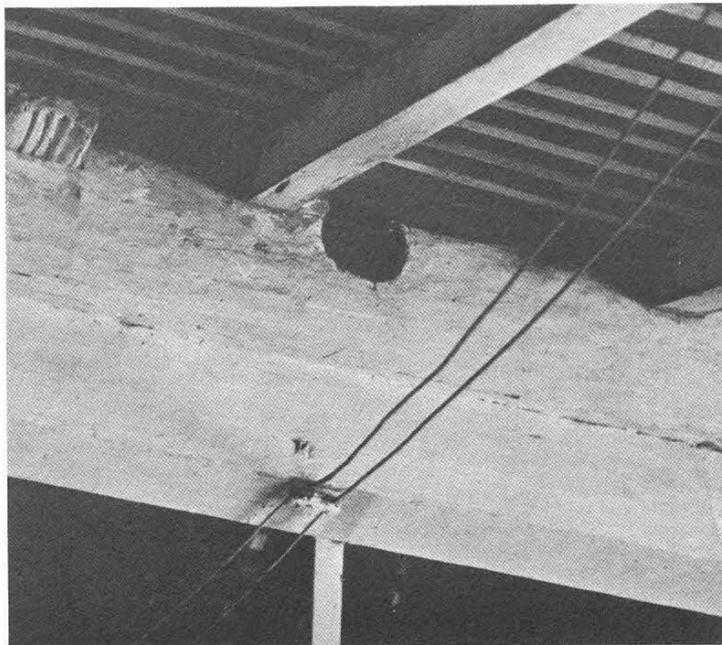


CREMACION



Los filibusteros incineran cadáveres después de la batalla.

La bala de cañón encontrada en Rivas, pesa 13 libras y su diámetro de casi 11 centímetros es apenas inferior al del agujero de la viga.



"Los Aliados consiguieron otro cañón de 24 libras y lo emplazaron contra Rivas (...), pero la venerable reliquia fue incapaz de botar una sola pared (...). Esos cañones disparaban día y noche..." (p. 180).

Según el plano del corresponsal del "New-York Daily Times" en Rivas, en Marzo de 1857 el cuartel de artillería y el arsenal de Walker ocupaban la manzana contigua al oriente de la iglesia de San Francisco, la actual casa del Colegio de Señoritas "Engracia Chávez M.". Una placa en la pared indica que el Dr. y Gral. Máximo Jerez estableció en ella, por primera vez en Nicaragua, en 1870, la enseñanza secundaria, y que allí se velaron sus restos. En dicha casa, una solera (arriba, derecha) muestra el orificio que dejara un cañonazo durante el sitio de Rivas; sus paredes de adobe (abajo) miden un metro de espesor.

Davis del *St. Mary's*. Varios días más tarde el *Esk* abandonó el puerto, quedando en la bahía el *St. Mary's*.

Hacia finales de Febrero los Batidores del coronel Waters incursionaron por los alrededores de Rivas en busca de forraje y alimentos pues los americanos estaban escasos de provisiones. Los Batidores a diario libraban escaramuzas con el enemigo, las que a veces eran verdaderas batallas campales, combatiéndose en una ocasión furiosamente durante una hora a menos de una milla de la ciudad de Rivas.

El 5 de Febrero, un poderoso contingente enemigo cayó de sorpresa sobre el mayor Caycee, quien iba al frente de 160 hombres, cerca de la Casa del Medio Camino en la Ruta del Tránsito.* Caycee se vio en grave aprieto pareciendo imposible que lograra escapar, pero reorganizó rápidamente su tropa y contrató con tal vigor que logró salir del apuro sufriendo únicamente la pérdida de cuatro muertos y dos heridos, y se replegó a San Juan del Sur sin que el enemigo intentara perseguirlo.

La noche posterior a la derrota del destacamento del general Sanders, a eso de las diez, gran número de soldados enemigos al amparo de la oscuridad se infiltró entre los plataneros hasta los propios muros de Rivas, y ya se encontraban cerca de la plaza cuando fueron descubiertos.** Un desertor al servicio del enemigo gritó a los americanos que no dispararan porque se trataba de batidores de regreso a la ciudad, pero el ojo avizor del coronel Swingle detectó el engaño, bañándolos con andanadas de metralla seguidas por descargas de fusilería. El enemigo se dio a la fuga dejando más de un centenar de muertos junto a los muros de Rivas.*** Sus clarines continuaron llamando a la carga durante más de dos horas sin que nadie obedeciera el llamamiento.

El mayor Caycee logró abrirse paso de San Juan del Sur a Rivas e ingresó a la ciudad en la tarde del 7 de Febrero, acompañando al capitán Stewart y 70 refuerzos recién llegados de California.**** Estos, junto con otros, se organizaron en una unidad denominada *Guardia de la Estrella*

* Fue el 5 de Marzo; y Caycee comandaba 40 hombres.⁵

**La derrota sufrida por el general Sanders a manos del general nicaragüense Fernando Chamorro ese mismo 5 de Marzo, pasó a la Historia con el nombre de El Jocote, finca en que se libró, "en el llano del Coyol, en las alturas vecinas y en el valle de la Cruz",⁶ cerca del camino del Tránsito.

***El centenar de muertos parece agregado por Jamison; Walker sólo dice: "unas cuantas salvas de metralla dirigidas a los plataneros pronto dispersaron a las tropas aliadas apostadas allí".⁷

****Sucedió el 7 de Marzo (Jamison retrasa la fecha un mes).⁸ El capitán William Frank Stewart publicó sus memorias del sitio de Rivas ese mismo año en Estados Unidos, al regresar. Sus impresiones al llegar a Rivas ese 7 de Marzo se presentan en el Anexo N° 17.

Roja bajo el mando del mayor Stephen S. Tucker, antiguo oficial del ejército de los Estados Unidos y viejo conocedor de lo que significa la palabra disciplina y de la forma de imponerla.

Sobrevino una relativa calma en las hostilidades hasta que a las dos de la madrugada del 16 de Febrero* el general Henningsen con 400 hombres, un obús de doce libras, otro de seis y cuatro pequeños morteros, atacó vigorosamente San Jorge. Aunque se sabía que los Aliados habían recibido un refuerzo de 500 hombres procedentes de Tortugas, con los cuales sus ejércitos sumaban 2,500 soldados, hubo un momento en que casi la mitad de la población y gran parte de sus barricadas estuvieron en poder de los americanos. Entonces se descubrió que el enemigo concentraba grandes fuerzas a nuestra retaguardia, para cortarnos la retirada a Rivas.

Ante ese peligro, el general Walker ordenó el repliegue de todas sus tropas de San Jorge, lanzándolas contra el adversario para abrirse paso hacia Rivas a costa de cualquier sacrificio. El general Walker asumió el mando y a una milla de San Jorge encontró al enemigo apostado en una cuesta del camino, aguardando confiado. Los Batidores de Waters ya habían entrado en acción, pero su caballería era demasiado débil para desalojar al adversario de una posición tan sólida.

Tomando la compañía más cercana, que resultó ser la del capitán Clark, el general Walker dio un rodeo hacia la derecha y cayó de pronto sobre el flanco izquierdo contrario, empujándolo a la cima de la loma y de allí al otro lado del camino, mientras las tropas de Henningsen se abalanzaban sobre la vía. El enemigo se desbandó como un rebaño de ovejas asustadas, dejando en nuestras manos a sus muertos y heridos.

Los americanos regresaron a Rivas sin encontrar más obstáculos, excepto en las Cuatro Esquinas, a media milla de la ciudad, donde otro fuerte contingente enemigo se apostó para atacarlos. Dichas tropas se lanzaron sobre Rivas cuando Henningsen y Walker atacaban San Jorge, esperando apoderarse fácilmente de la ciudad de Rivas con su guarnición debilitada por el ataque a San Jorge. Al fracasar en su intento, esperaban unirse a las tropas que Walker encontró a su regreso de San Jorge, para juntas aniquilarlo. El coronel Swingle salvó a Rivas en una refida batalla que duró una hora, y el repentino ataque de Walker y Henningsen desmoralizó y puso en fuga a las tropas aliadas apostadas en la cuesta del camino, desbaratándoles todo el plan. Bastó, pues, la primera descarga para que los de las Cuatro Esquinas salieran huyendo.**

* Marzo.

**El capitán Stewart y su compañía de *La Guardia de la Estrella Roja* desempeñaron un papel de importancia en la batalla; según confiesa él mismo, todos

En los combates del 16 de Marzo los americanos tuvieron 13 muertos, entre ellos el gallardo coronel Lewis, y 63 heridos. De acuerdo a informes de los prisioneros capturados, las bajas enemigas ascendieron a 500 entre muertos y heridos.

No obstante sus derrotas, al enemigo no le faltaba resolución y al día siguiente se presentó en mayor número, con un antiquísimo cañón de 24 libras, de los que dejaron los españoles en Granada cuando abandonaron Nicaragua hacia medio siglo. Colocaron el cañón en las Cuatro Esquinas apuntando hacia Rivas, pero sus disparos hicieron poco daño. Esas demostraciones constituían el prelude de una ofensiva general contra Rivas.

Si el lector se siente abrumado por esta narración de los combates que ocurrían día tras día, y aún casi de hora en hora, debe dispensarse al escritor el tener que hacerla enumerando sus detalles, ya que ellos resultan indispensables para poder explicar claramente la terrible tensión, física y mental, a que estaban sometidos los americanos. Las diferencias que existían entre democráticos y legitimistas cuando el general Walker llegó a Nicaragua, habían desaparecido gradualmente, al punto de poderse afirmar que los americanos estaban solos. Muchos de sus antiguos partidarios ya no les brindaban apoyo activo; mientras tanto, la causa legitimista aumentaba su poder con el auxilio de nicaragienses que consideraban segura la derrota de los americanos y con la llegada de sus aliados costarricenses, quienes recelaban que las ambiciones del general Walker ponían en peligro la integridad de Centroamérica. No se puede decir que el general Walker fuera un gran diplomático ni gran estratega militar. León era el baluarte de los democráticos, y éstos odiaban a los legitimistas con todo el apasionamiento de la sangre latina. No obstante, el general Walker escogió a Granada, bastión de la legitimidad, para la capital, resintiendo a los leoneses a tal grado, que su entusiasmo y admiración por él se enfriaron apreciablemente.

Al romper el alba del 23 de Marzo, dos divisiones equipadas con baterías pequeñas atacaron furiosa y simultáneamente a Rivas por el norte y por el sur. El general Cañas comandaba las tropas del sector norte y el general Chamorro las que atacaron por el sur, pero ambos fueron rechazados con fuertes bajas. Cañas dejó sus muertos y heridos en el campo de batalla, después de abandonar la batería cuyo artillero italiano fue grave-

los esfuerzos por desalojar a los Aliados de las Cuatro Esquinas fracasaron y dicho punto ya no volvió a caer en manos de Walker.¹⁰ Stewart combatió en la encarnizada batalla de Buena Vista, en México, pero considera que ésa fue una mera escaramuza comparada con "la sangrienta acción de San Jorge y *Cuatro-es-cuines*".¹¹

mente herido. El mayor Tucker se enfrentó a Chamorro, quien arremetiendo con gran violencia logró posesionarse de su cuartel por un rato. Tucker contratacó, tomando prisioneros a toda la plana mayor de Chamorro. En ambos sectores se luchó a corta distancia, y aun cuando los americanos sufrieron atroces pérdidas, su excelente puntería les permitió desparramar desolación sobre las filas enemigas.

La carnicería que experimentaron los Aliados en la batalla del 23 de Marzo fue tan grande, que descontinuaron todo esfuerzo para apoderarse de Rivas por asalto. Pronto se hizo evidente que ponían cerco a la ciudad para tratar de rendir por hambre a los americanos. Ya no era posible incursionar en busca de provisiones lejos de Rivas, pues cada recodo del camino ocultaba una emboscada. Se enviaban pequeñas patrullas a recorrer los alrededores, en un radio de dos o tres millas. En una de esas excursiones perecieron el capitán E. H. Clark y toda su compañía. Para el 27 de Marzo los alimentos prácticamente se habían agotado en la proveeduría del ejército, por lo que se hizo necesario sacrificar primero a los bueyes del cuerpo de Intendencia, después a las mulas de carga y por último a los caballos de los Batidores, con lo cual se brindaba el insólito espectáculo de todo un ejército devorando su propio equipo de caballería. Con esa carne se logró subsistir hasta los primeros días de Abril.

La carne de mula no resultaba muy del agrado de los soldados, pero éstos no se quejaban. Las pobres mulas estaban en los huesos, y sus asados y bistecs eran puro pellejo, duros e insípidos. El consumo de carnes raras produjo una tragedia. El teniente Robert Payne, virginiano testarudo, atrapó un gato casero para su despensa. Se peleó por el gato con un capitán cuyo apellido se me escapa, fulminándolo de un balazo.

Los Aliados consiguieron otro cañón de 24 libras y lo emplazaron contra Rivas más o menos el 10 de Abril, pero la venerable reliquia fue incapaz de botar una sola pared. No obstante, una bala de esos cañones logró alcanzar al capitán Mann y al teniente Moore, matando a dos de los mejores oficiales de Walker, y otra desgarró un brazo al teniente Graves. Esos cañones disparaban día y noche a intervalos regulares.

El enemigo recurrió a tácticas solapadas, enviando dentro de la ciudad ofertas de protección y asilo para quienes desertaran y se cruzaran a sus líneas. Para honra de los americanos, que resistían prácticamente solos en ese país extranjero, se debe consignar que muy pocos cometieron la infamia de rebajarse a aceptar la invitación.* Pasaremos en silencio ante los nombres de quienes lo hicieron.

* Walker admite que las deserciones se produjeron en grupos de diez y doce a la

Los largos días y noches de los sitiados en Rivas se veían interrumpidos por incesantes alarmas. La muerte implacable diezmaba sus filas, y la escasez de alimentos más la abundancia de enfermedades consumían poco a poco las fuerzas de la Falange Americana.* Fuera del reducto, al caer el crepúsculo, millares de ojos comenzaban a escudriñar la noche buscando un punto desguarnecido por el cual poder lanzarse para arrollar de una vez por todas a los odiados extranjeros, quienes sabían demasiado bien que el futuro sólo les brindaría sufrimientos y muerte. A pesar de la triste situación de los americanos, hubo nicaragüenses nativos adinerados y de buena posición social que les permanecieron fieles. Eran personas que habían vivido por largos años las incesantes revoluciones en que la sangre y los recursos del país se consumieron tan infructuosamente como los de un agricultor que cultive en las laderas de un volcán en erupción, y consideraban que la presencia y la influencia del elemento extranjero eran necesarias para estabilizar a la sociedad y a los asuntos de Nicaragua.

El 11 de Abril, el estruendo de la fusilería se desató simultáneamente en cuatro puntos alrededor de Rivas y la aparición inmediata de centenares de enemigos, enardecidos con aguardiente para no perder el valor y que sus hazañas fuesen más desafiantes y atrevidas, hizo acudir a las trincheras al pequeño ejército de americanos. Los cuatro asaltos simultáneos fueron rechazados por los capitanes Williamson, McEachin y McMichael, mientras una pequeña batería dirigida personalmente por el general Henningsen, cañoneaba al enemigo. La mortandad en las filas enemigas fue asombrosa, cayendo prisioneros todos los integrantes de dos compañías completas, a pesar de lo cual ese mismo día en dos ocasiones volvieron a la carga. Los Aliados recibieron un castigo tan fuerte que no hicieron el menor esfuerzo por retirar a sus muertos y heridos moribundos. Según se dijo, las pérdidas aliadas en los combates de ese día oscilaron entre 700

vez.¹² Terminada la guerra, 260 desertores llegaron a Nueva York en el *Tennessee* el 18 de Agosto de 1857.

"DECLARACION DE UNO DE LOS DESERTORES — Mr. William Sterling, de Ohio, dice que debido a los malos tratos de los oficiales y a la total indiferencia manifestada por el general Walker hacia las necesidades de sus hombres, las deserciones incrementaron mucho a finales de Marzo y principios de Abril. Para esas fechas, el ejército de Walker se encontraba completamente cercado en Rivas por los costarricenses. La mayoría de las escaramuzas entre soldados de Walker y costarricenses se libraban en los plataneros aledaños a Rivas. Algunos de los hombres de Walker, llevados por el hambre casi a la desesperación, arriesgaban con frecuencia sus vidas internándose en los chagüites a la búsqueda de plátanos para alimentarse; muchos de cuantos solicitaban y obtenían permiso para ese fin, aprovechaban la oportunidad para desertar, cruzándose al campo costarricense".¹³

* El hospital de sangre de Rivas, descrito por Stewart en sus memorias, sobrecoje; véase en el Anexo N° 17.

y 800 hombres; los americanos sepultaron en una gran fosa común más de cien cadáveres enemigos, con bandera de tregua devolvieron 150 heridos, capturaron cerca de un centenar de prisioneros y además se apoderaron de suficientes armas para equipar 250 soldados. La Falange también sintió en carne propia la furia del combate. Tales victorias la desangraban y no había nuevos reclutas ni voluntarios que reemplazaran a los caídos.

El 23 de Abril por la tarde se vio aparecer con procedencia del campo enemigo una bandera blanca. Su portador anunció que el teniente Huston, de la corbeta norteamericana *St. Mary's*, se encontraba en el cuartel general de los Aliados, listo a evacuar de Rivas bajo la protección de la bandera de los Estados Unidos a las mujeres y niños, a fin de conducirlos a San Juan del Sur, en donde estarían a salvo al momento en que la sangre de los últimos americanos corriera tñiendo de rojo las calles de Rivas y la ciudad fuera pasto de las llamas. Era ésta una sugerencia un tanto sombría, que los americanos escucharon impávidos.

El portador entregó, asimismo, una carta dirigida por el general Mora al general Walker, en la cual proponía que dos oficiales de los respectivos estados mayores se encontrasen en un punto conveniente para escoltar al teniente Huston a Rivas. Se escogió a los mayores Hooff y Brady, quienes pronto estuvieron en el lugar designado. Un desertor trató de entablarles plática por lo que inmediatamente el mayor Hooff sacó sus pistolas previniendo al canalla que lo tiraría si no se retiraba al instante. El mayor Hooff se indignó tanto por ese insulto, consentido por los ayudantes del general Mora, que optó por regresar a Rivas sin esperar al teniente Huston, quien llegó poco después escoltado por sus propios marinos.

El teniente Huston pasó la noche en Rivas y salió al día siguiente hacia San Juan del Sur con las mujeres y niños. Alrededor de esa fecha, los capitanes Bell, Titus, Johnson y Bostwick se fueron de Rivas, abandonando a sus compañeros americanos bajo circunstancias nada halagadoras para su honor militar. Cabe señalar que el capitán Titus no era miembro del ejército.

Mientras en Rivas la situación se tornaba más crítica cada hora, en San Juan del Sur el capitán Fayssoux estaba siendo objeto de tentativas de soborno a fin de que entregara la goleta *Granada*. Para vergüenza del capitán Davis, del *St. Mary's*, un cúmulo de circunstancias inducían fuertemente a creer que él no era ajeno a esas propuestas de soborno. A petición especial suya, el capitán Fayssoux subió a bordo del *St. Mary's* para entrevistarse con el coronel García, representante del general costarricense.

García hizo la propuesta a Fayssoux, pero éste indignado la rechazó con desprecio, dando la espalda al sobornador. Viendo incorruptible a Fayssoux, pagaron \$5,000 a otro individuo para que traicionara entregando la *Granada* al enemigo, pero el plan les falló.

El interés del capitán Davis en favorecer a los Aliados se manifestó en otras formas. El coronel Estrada, Comandante de San Juan del Sur, y el capitán Fayssoux, concertaron una tregua por la cual ambos suspenderían hostilidades durante cierto tiempo. A pesar de que el capitán Fayssoux observó honrosamente su parte del convenio, el enemigo continuó erigiendo barricadas en la población, violando con ello la tregua. Aunque el capitán Davis era quien la había sugerido, obligó al capitán Fayssoux a cumplir rigurosamente su parte mientras consentía que el coronel Estrada siguiera construyendo fortificaciones. En general, era evidente que los oficiales navales ingleses y norteamericanos actuaban de común acuerdo, con el convenio secreto de que los americanos al servicio de Nicaragua debían expulsarse del país a como diera lugar. Si quedare alguna duda sobre esos propósitos, la secuela de la rendición final en Rivas y la entrega del *Granada* aclaran sin lugar a duda o controversia ese punto.

Casi nada queda ya por contar sobre las emocionantes escenas y el dramático final del sitio de Rivas, que comenzó el 27 de Enero de 1857 y concluyó el 1 de Mayo de ese mismo año con la capitulación del general Walker y su ejército ante el capitán Davis de la corbeta norteamericana *St. Mary's*. Durante los tres meses y cuatro días de ese terrible asedio, un ejército de 4,000 hombres, que en ocasiones llegó a los 7,000, se enfrentó a un ejército de americanos nunca mayor de 919 hombres, y finalmente reducido a menos de 200 soldados aptos para empuñar las armas. En los anales de la guerra moderna no se registra defensa más insigne que la realizada por los americanos ante sus adversarios.

El 30 de Abril el capitán Davis, desde el cuartel general Aliado de las Cuatro Esquinas, se comunicó por carta con el general Walker, después de lo cual el general Henningsen y el mayor Brady se entrevistaron con el capitán Davis para convenir los términos de la rendición. A las cinco de la tarde del día 1 de Mayo de 1857, el capitán Davis y el general Zavala entraron a Rivas dirigiéndose al cuartel general de Walker. La tropa formó filas en la plaza, donde se leyeron las estipulaciones de la rendición y acto seguido se entregó la guarnición al capitán Davis, que consistía en 102 prisioneros de guerra, 173 enfermos y heridos hospitalizados, 164 oficiales, clases y soldados rasos, 86 empleados de diversas dependencias y 40 soldados nativos.

Las cláusulas de rendición originalmente redactadas por el capitán Davis y remitidas al general Walker, no especificaban nada acerca de las tropas nativas que defendían la causa de los americanos.* El general Walker las rechazó, redactando las siguientes:

“Rivas, 1 de Mayo de 1857.

“Por medio del presente documento se celebra un convenio entre el general William Walker, por una parte, y el comandante H. Davis de la Marina de los Estados Unidos, por la otra, cuyas estipulaciones son las siguientes:

“Primero: El general William Walker y dieciséis oficiales de su Estado Mayor saldrán de Rivas con sus armas al cinto, pistolas, cabalgaduras y efectos personales, bajo la garantía de dicho capitán Davis de la Marina de los Estados Unidos, de que no serán molestados por el enemigo y se les permitirá embarcarse a bordo del barco de guerra norteamericano *St. Mary's* en el puerto de San Juan del Sur, comprometiéndose dicho capitán Davis a transportarlos a salvo en el *St. Mary's* hasta Panamá.

“Segundo: Los oficiales del ejército del general Walker saldrán de Rivas con sus armas al cinto, bajo la garantía y protección del capitán Davis, quien se compromete a vigilar que sean transportados a salvo hasta Panamá, a cargo de un oficial de los Estados Unidos.

“Tercero: Todos los clases y soldados rasos, los civiles y empleados de diversas dependencias, heridos o sanos, se entregarán con sus armas al capitán Davis o a uno de sus oficiales, poniéndose bajo su protección y control. El capitán Davis se compromete a hacer que los transporten a salvo hasta Panamá, a cargo de un oficial de los Estados Unidos, en embarcaciones diferentes a las utilizadas por los desertores y sin entrar en contacto con ellos.

“Cuarto: El capitán Davis se compromete a obtener garantías, y por este medio garantiza, que a todos los naturales de Nicaragua o de Centroamérica actualmente en Rivas que se rindan a la protección del capitán Davis, se les permitirá residir en Nicaragua y se protegerán sus bienes y sus vidas.

“Quinto: Queda convenido, que a los oficiales que tengan sus esposas y familias en San Juan del Sur, se les permitirá permanecer allí bajo la protección del cónsul de los Estados Unidos, mientras se les presenta la oportunidad de embarcarse para San Francisco o Panamá.

* En el primer mensaje de Davis a Walker proponiéndole rendición, fechado en el Cuartel General del Ejército Aliado en Rivas el 30 de Abril de 1857, Davis ofrece garantías para las vidas de todos los que militan bajo Walker, “sin excepción de rango ni nación”.²⁴

“El general Walker y el capitán Davis se comprometen mutuamente a que este convenio se cumpla de buena fe”.

El general Walker y el capitán Davis firmaron el convenio, sirviendo como testigos sus oficiales, y al caer la tarde del 1 de Mayo de 1857, lo que quedaba del pequeño ejército desfiló en la plaza, rindiéndose formalmente al capitán Davis de conformidad con lo estipulado y en presencia de los generales y otros oficiales Aliados.

Es digno de mencionarse el hecho de que el general Walker rehusó considerar toda propuesta de rendición hasta que el capitán Davis le comunicó que no permitiría que la goleta *Granada* abandonara el puerto de San Juan del Sur. Walker había decidido que en último caso intentaría escapar hacia el Pacífico para embarcarse en la *Granada*, abriéndose paso a través del cerco enemigo.

Al cerrársele la última vía de escape, Walker mostró su indomable coraje y sentido de justicia, rehusando todo convenio que no incluyera protección para los nativos y no evitara el contacto de sus fieles y honorables soldados con los desertores y cobardes. El capitán Davis no pudo negarse a aceptar los términos de ese ultimátum.

Debe observarse, que en el convenio de rendición no se menciona a los Aliados por su nombre, sino solamente al *enemigo*. Resultaría innecesario destacarlo si no fuera por la conducta singular demostrada por el capitán Davis uno o dos días después. Al regresar a San Juan del Sur, el capitán Davis ordenó al capitán Fayssoux arriar su bandera y entregar el *Granada*. El capitán Fayssoux se negó a cumplir la orden, por lo que la *St. Mary's* se alineó de costado, dispuesta a disparar sus cañones sobre la *Granada*, cuyo comandante se vio obligado a ceder para evitar que el navío y su gallarda tripulación volaran por los aires. El 4 de Mayo tuvo lugar la rendición y la goleta fue entregada al comandante costarricense por el capitán Davis. Este acto del capitán, unido a su conducta anterior, me confirmó, y mi opinión no ha cambiado con el tiempo, de que era únicamente la culminación de un convenio entre los oficiales navales ingleses, los Aliados y el capitán Davis, para expulsar de Nicaragua al general Walker y a los americanos.*

Narré, lo más conciso que pude, desde el ingreso del general Walker

* El capitán Davis refirió con todo detalle su intervención en los sucesos, en informes rendidos a su superior el comodoro William Mervine, jefe de la flota norteamericana en el Pacífico, acompañando cada informe con una copia de los documentos respectivos. Lo pertinente a la rendición de Walker se encuentra en el informe del 13 de Mayo de 1857, del que se copian algunos párrafos en el Anexo N° 18, incluyendo una carta del general José Joaquín Mora al capitán Carlos Enrique Davis.

y sus hombres a Nicaragua, hasta su derrota en la que históricamente fue su primera expedición a esa agitada y desdichada tierra. Estoy consciente de muchas imperfecciones en mi relato; el medio siglo transcurrido, los escasos datos disponibles y el desvanecimiento gradual de los recuerdos de mi juventud, representan obstáculos difíciles de superar. No figuran en estas reminiscencias los nombres de veintenas de valientes, ni me esfuerzo por narrar sus actos de heroísmo, por la sencilla y deplorable razón de que no me atrevo a confiar en mi memoria para otorgarle a cada uno lo que en justicia se merece.

No quiero dejar la impresión de que yo he considerado al general Walker como un hombre de sabiduría infalible en todas las cosas. Al igual que todos nosotros, era solamente un ser humano, sujeto a errores de criterio como cualquier otro hombre, y esos errores se pusieron de manifiesto con frecuencia, tanto en su capacidad de Comandante en Jefe del Ejército como en la de Presidente de la República de Nicaragua. Su sereno e indomable coraje; su desdén por el peligro; sus elevadas dotes morales e intelectuales, y un supremo aborrecimiento de todo lo bajo y mezquino, son rasgos de su persona que le granjearon el respeto y la admiración de corazones honestos y sinceros, aunque al mismo tiempo le negaran aprobación a sus propósitos.



FUENTES

- ¹ Walker, *The War in Nicaragua*, p. 392.
- ² *Ibid.*, p. 374.
- ³ *Ibid.*, p. 377.
- ⁴ *Ibid.*, p. 381.
- ⁵ *Ibid.*, p. 389.
- ⁶ *Boletín Oficial*, San José, 14 de Marzo de 1857, pp. 1-2.
- ⁷ Walker, *op. cit.*, p. 390.
- ⁸ *Ibid.*, p. 391.
- ⁹ *Ibid.*, p. 393.
- ¹⁰ Wm. Frank Stewart, *Last of the Filibusters; or, Recollections of the*

Siege of Rivas, Sacramento: Henry Shipley and Company, 1857, p. 20.

- ¹¹ *Ibid.*, p. 22.
- ¹² Walker, *op. cit.*, p. 405.
- ¹³ *New-York Tribune*, 19 de Agosto de 1857, p. 5, c. 5.
- ¹⁴ United States National Archives, Letters Received by the Secretary of the Navy from Commanding Officers of Squadrons, Pacific Squadron, Commodore William Mervine, Microfilm M-89, Roll 38, Documento N° 86.

11: LA EJECUCION DE WALKER EN HONDURAS

Walker Regresa a los Estados Unidos — Organiza Otras Expediciones — Cae Prisionero — Su Ejecución, un Baldón para la Marina Británica — Tributo de Miller a Su Memoria — Fin.

Después de rendirse en Rivas, el general Walker y algunos de sus oficiales fueron trasladados a Panamá, de donde tomaron el vapor rumbo a Nueva York. Al arribar a los Estados Unidos, Walker solicitó que se ventilasen en un juicio los cargos de violación de las leyes de neutralidad que se le imputaban, de lo cual salió absuelto.* Los demás miembros de la otrora pujante Falange Americana fueron llevados en diferentes embarcaciones a San Francisco y a los puertos del Atlántico; algunos se quedaron en Nicaragua, donde habían contraído matrimonio, y tengo conocimiento de que a sus descendientes se les puede localizar en ese país.**

El general Walker consideró que tanto él como su ejército habían recibido un trato injusto de parte del capitán Davis, cuando les exigió ren-

* Ver el Anexo N° 19.

**John Tabor, otrora dueño y director de *El Nicaraguense*, al regresar a los Estados Unidos declaró en el *New-York Daily Tribune* el 29 de Junio de 1857: "Unos pocos de nuestro grupo se quedaron en el país bajo las seguridades de protección por parte de los costarricenses. Entre ellos estaba el Pagador General R. M. Martin, quien desertó pocos días antes de la capitulación con cerca de \$5,000.00 en vales pertenecientes al Gobierno de Nicaragua [de Walker]. Los otros eran soldados rasos, quienes se quedaron a trabajar en el país. Se quedaron sólo los desertores, pues los costarricenses dieron órdenes estrictas de que todos los norteamericanos deberían abandonar el país".¹

Casi todos los desertores sobrevivientes fueron conducidos a Costa Rica y de allí a los Estados Unidos; 260 llegaron a Nueva York en el *Tennessee* el 18 de Agosto de 1857. Ese mismo día se congregaron en el Central Park a solicitar ayuda. Narra el *Herald*: "Por cierto que presentaban un espectáculo muy aflitivo: casi todos descalzos, sin siquiera las prendas de vestir necesarias, sin sombreros o con unos gachos viejos de la peor clase; su ropa, si así podía llamarse, eran andrajos de todos los colores, tamaños y formas, llenos de mugre debido al descuido y a las inclemencias del viaje. Algunos parecían sanos, a pesar de su aspecto inculto, pero la mayoría se veían enfermos y demacrados. Muchos estaban, en realidad, con calentura, y durante el transcurso del día tuvieron que llevar a varios al Hospital Bellevue, con escalofríos. Los que sufrieron heridas en combate no habían recibido ningún tratamiento médico o quirúrgico y sus heridas estaban infectadas, presentando un aspecto en extremo nauseabundo".²

dirse y contribuyó a expulsarlos del país al cual habían acudido invitados por las autoridades constituidas y en control del gobierno, y al que juraron lealtad domiciliándose en Nicaragua como sus ciudadanos.

Tan pronto retornó a los Estados Unidos, el general Walker comenzó a organizar una expedición con el propósito de volver a Nicaragua para recobrar los derechos y el poder de los que, según sostenía con firmeza, injustamente le habían despojado. En prosecución de esas miras desembarcó con un fuerte contingente en Punta Arenas, sobre la banda oriental del Golfo de Nicoya en el litoral costarricense, con intenciones de internarse en Nicaragua por esa ruta.* Allí se le interpuso con sus fuerzas armadas el capitán Paulding de la marina de guerra norteamericana, tomándolo prisionero junto con sus compañeros y llevándolos a Nueva Orleans para acusarlos por violación de las leyes de neutralidad, resultando absueltos.**

El fracaso de esa segunda expedición no amilanó al general Walker quien prontamente organizó una nueva en la que participó el capitán Frank Anderson, uno de los cincuenta y ocho reclutas originales de la primera, junto con otros líderes de esa empresa inicial. En Mobile el general Walker fletó la pequeña goleta *Susan* del capitán Harry Maury, marinero completo y cabal. Cierta noche oscura la *Susan* abandonó su fondeadero en la bahía de Mobile y fue a echar anclas a sotavento de un guardacostas norteamericano apostado para impedir su salida. Durante la noche, el comandante de la *Susan* se escabulló a través de un pasaje de aguas peligrosas que el guardacostas no se atrevería a surcar, so riesgo de irse a pique. El guardacostas intentó sin éxito darle caza, y al amanecer la *Susan* ya había desaparecido en el horizonte por lo que abandonó su persecución.

La pequeña goleta, pintando de blanco con su estela las aguas del golfo, dobló el Cabo San Antonio para poner proa al puerto de Omoa en

* Con el nombre de Punta Arenas se designaba la lengüeta de tierra formada por la bahía de San Juan del Norte en el Caribe. Jamison la confunde con Puntarenas, puerto costarricense en el Pacífico.

** Walker desembarcó en Punta Arenas a la cabeza de 141 filibusteros el 25 de Noviembre de 1857; el día anterior había dejado otros 45 en la boca del río Colorado, al mando del coronel Frank Anderson.³ Las fuerzas de Anderson se apoderaron del Castillo de La Inmaculada, defendido por los costarricenses, el 4 de Diciembre, y del vapor lacustre *La Virgen* el 5.⁴ El 6 de Diciembre se presentó en San Juan del Norte el comodoro Hiram Paulding, comandante del *Home Squadron* de la flota norteamericana, cuyos cañones obligaron a Walker a rendirse y regresar a los Estados Unidos.⁵ El líder filibustero llegó a Nueva York en el *Northern Light* el 27 de Diciembre.⁶ El y su Estado Mayor fueron acusados de violar la Ley de Neutralidad de los Estados Unidos. El juicio se celebró en el recinto de la *U. S. Circuit Court* de Nueva Orleans. Walker pronunció un "largo y elocuente" discurso en defensa propia el 2 de Junio de 1858; enseguida el jurado deliberó durante dos horas sin llegar a un veredicto, con lo que terminó el juicio.⁷

la costa hondureña, donde el general Walker en persona se uniría a la expedición. Las armas y materiales de guerra, hasta entonces en bodega, se subieron a cubierta y se distribuyeron a los soldados. Poco después de anochecer, mientras la *Susan* navegaba plácidamente y nadie a bordo pensaba en peligro alguno, se escuchó un estrépito seguido del crujir de maderos rotos — la goleta había encallado en uno de los innumerables arrecifes de coral en las traicioneras aguas del Caribe, y ahora colgaba, imponente, del colmillo que la empalaba.

Esa noche cundió el terror. La muerte parecía rondar de cerca, y algunos, perdiendo toda esperanza de sobrevivir, irrumpieron en la bodega para destapar a la fuerza los toneles de brandy, manifestando que preferían perecer ahogados inconscientes por el alcohol antes que sufrir las angustias del ahogamiento con todas sus facultades activas y alertas. A esos individuos se les echó de la bodega.

El amanecer no trajo ninguna esperanza de rescate. Un mar enfurecido azotaba por todos lados a los bajos arrecifes que a intervalos apenas sobresalían de la superficie, emergiendo de insondables profundidades. Reinaba un constante temor de que se alzara una tormenta que desprendiera a la goleta del arrecife, arrojándola al profundo abismo de las aguas. Por suerte el tiempo se mantuvo calmo, y después de tres días con sus noches los naufragos lograron ser rescatados por unos pescadores que habitaban en un cayo cercano. Los expedicionarios, luego de permanecer ocho días en ese islote, fueron finalmente evacuados en la corbeta británica *Basilisk* que los condujo a Mobile.*

Decidido a recobrar lo que consideraba sus derechos en Nicaragua, el general Walker pronto organizó una cuarta expedición. El 22 [sic] de Junio de 1860 la goleta *Clifton* levó anclas en Nueva Orleans, silenciosamente descendió con la corriente del gran Mississippi, cruzó su turbulento estuario y salió al Golfo de México. A bordo iban el coronel Rudler, el mayor Hoof, el mayor Thomas Dolan, el capitán Ryan, el capitán Newby, todos antiguos oficiales y compañeros de Walker en Nicaragua, además de otros 125 soldados de fortuna.** El general Walker y el coronel Henry se quedaron atrás, para zarpar varios días más tarde en otra goleta.

* El capitán Charles W. Doubleday, veterano de las empresas anteriores, relató los detalles de la tercera expedición en sus reminiscencias, fuente de Jamison.⁸ El bergantín *Susan* zarpó de Mobile el 4 de Diciembre de 1858 con 110 filibusteros a bordo; encalló en *Glover's Reef*, cerca de Belice, el 16 de Diciembre y sus pasajeros regresaron a Mobile en el vapor británico *Basilisk* el 1 de Enero de 1859.⁹

**La lista oficial de los filibusteros que zarparon de Nueva Orleans en la goleta *Clifton* el 23 de Junio de 1860 contiene solamente 25 nombres, entre ellos los de Rudler y Newby.¹⁰ Otros 20 filibusteros, incluyendo a Ryan y Hoof, partieron

Impulsada por una ligera brisa, la *Clifton* progresó satisfactoriamente hasta avistar el Cabo San Antonio, donde encontró una calma chicha en la que posó casi inmóvil durante treinta días. Por fin sopló suave el viento empujándola hacia Belice, sólo para que los expedicionarios conocieran el primer revés del amargo destino que les esperaba. Apenas la *Clifton* echó anclas en el puerto, un buque de guerra inglés la apresó, incautándose de a bordo todas las armas y municiones.*

Al caer la noche, el coronel Rudler fletó la balandra *Martha*, a la que todos subieron armados solamente de sus revólveres y zarparon en dirección a Roatán, adonde llegaron al tercer día de navegar, encontrando allí a la goleta *J. E. Taylor* con el general Walker, el coronel Henry y la segunda parte de la expedición. La pérdida de las armas y municiones de la *Clifton* fue compensada en parte con los pertrechos a bordo de la *Taylor*, a la cual traspasaron los expedicionarios. Por un tiempo, los rostros se iluminaron de contento.

Nadie que haya querido a Walker y a su causa puede hablar del trágico destino que aguardaba al *Predestinado de Ojos Grises* sin que la emoción le arranque lágrimas. Yo tenía mucho tiempo de haber regresado a los Estados Unidos y no participé en esa última y aciaga expedición. El dramático final de aquel hombre extraordinario lo narra fielmente un testigo presencial, Walter Stanley, miembro de esa postrera expedición, quien actualmente reside en Moro, Oregon, donde es tesorero del condado de Sherman.** Tengo en mi poder su manuscrito del cual transcribo el siguiente relato:

— en la goleta *Isaac Toucy* el 2 de Junio; Dolan viajó con Walker, Henry y otros dos en la goleta *J. A. Taylor* el 5 de Junio. La *Clifton* llevó otros once el 18 de Mayo; la *Dew Drop* dieciocho el 13 de Junio; la *J. A. Taylor* nueve el 5 de Julio; varios otros viajaron antes y después de esas fechas. Todos aprovecharon el tráfico normal de embarcaciones entre Nueva Orleans y Roatán. Véase el Registro Oficial del capitán Fayssoux, agente de Walker en Nueva Orleans durante esa expedición, en el Anexo N° 20.

* El inventario de los pertrechos que Fayssoux envió el 23 de Junio por la *Clifton* consta de:

12 cajones (de dos cajas cada uno) de cartuchos para rifles Mississippi.

2 cajas de cartuchos para rifles Mississippi.

¼ barril de cartuchos para carabinas.

8 cajas de cartucheras, cananas, etc.

15 barriles de pan.

5 pares de zapatos.

10 pares de frazadas.

9,000 cápsulas (*Elys Water Proof*).

Incautado por los ingleses anotó al margen Fayssoux.¹¹

** Aparece como "Wm. Stanley, de Michigan" en la lista de los "Emigrantes a Centro América" que partieron de Nueva Orleans en la *Clifton* el 23 de Junio de 1860; Fayssoux anotó junto al nombre: *herido el 6 de Agosto de 1860*.¹² Como se verá enseguida, Walter Stanley resultó herido en esa fecha.

“...Se pagaron los servicios de la balandra *Martha*, alejándose ésta mientras la goleta *Taylor* navegaba hacia una pequeña ensenada donde ancló. Después de una larga conferencia en su camarote, el general Walker subió a cubierta con el coronel Rudler; formamos filas y el general nos informó que había fracasado su plan de establecer una base en las Islas de la Bahía, pues los ingleses continuaban en posesión de ellas y se mantenían alerta. Agregó que se podía escoger una de estas dos alternativas: regresar a Nueva Orleans desistiendo de la expedición, o bien cruzar al amparo de la noche para tomar de sorpresa el puerto hondureño de Trujillo, por lo que tanto el coronel Rudler como él se retirarían para que nosotros decidiéramos. Por unanimidad escogimos Trujillo, y a la mañana siguiente levamos anclas dirigiéndonos a la Ensenada de McDonald, al otro lado de la isla, en donde había un Fuerte británico y tenía su almacén un ciudadano inglés llamado Popleton, a quien iba consignado el cargamento de la goleta.

“El 5 de Agosto en la noche zarpamos hacia Trujillo, cruzamos frente a la población y, tres millas bahía arriba, se bajaron los botes para desembarcar. Durante la travesía se distribuyeron los rifles, entregándole a cada soldado cuarenta cargas de tiros, y formamos filas en la costa 91 hombres, incluyendo al general Walker. Este y el coronel Henry se colocaron a la cabeza de la columna y marchamos sobre Trujillo. Desde ese día, no ha habido un seis de Agosto en el que no recuerde aquella marcha bajo los pálidos rayos de la luna. Apenas iluminaban el horizonte en el este los primeros albos del sol cuando nos acercamos a la vieja fortaleza, torva y gris, cuyos cimientos echó Cortés. Las centenarias murallas de granito de ocho pies de altura por doce de espesor estaban erizadas de cañones, y un enjambre de soldados hormigueaba entre ellas.

“Valiéndose de pocas palabras el coronel Henry solicitó seis voluntarios que deberían desplegarse y avanzar para atraer el fuego del Fuerte. Como en esa época yo no tenía una onza de sesos, fui de los primeros en ofrecerme, y en menos de medio minuto nos habíamos desplegado abalanzándonos como locos contra las murallas. Nos recibió una lluvia de balas, de metralla y fusilería. Tres de los nuestros cayeron de bruces, y al resbalar el rifle de mis manos noté que un chorro de sangre me bañaba el brazo derecho, el cual colgaba flácido e impotente a mi lado. Sin pérdida de tiempo me quité el pañuelo del cuello, lo enrollé a como pude en el brazo y avancé detrás del coronel Henry, quien blandiendo su rifle en alto alentaba el ataque. Nuestros soldados, que ya estaban bajo las murallas, las escalaron en hombros de sus compañeros, y desenfundando los revól-

veres abrieron fuego contra los defensores que huían a la desbandada. En menos de un minuto se abrieron las pesadas puertas de hierro y Trujillo era nuestro. Me dirigí al edificio más cercano, entré, y apretándome el pañuelo en el brazo a manera de torniquete, me acosté en un catre.

“A los pocos minutos el coronel Henry fue nombrado comandante de la fortaleza y colocó centinelas en todas las murallas, mientras el general Walker atendía personalmente a los heridos. Carecíamos de cirujano, pero el general Walker conocía lo suficiente acerca de lesiones de bala para saber lo que debía hacer en tales casos. Fui el primero en ser atendido. Cortó la manga de mi camisa, me lavó y vendó, y dándome un vaso de aguardiente puso a un soldado a echarme agua fría en el brazo. En igual forma examinó y curó a los demás, atendiéndonos y cuidándonos con la mayor consideración y amabilidad.

“En el asalto perdimos seis hombres, muertos o mortalmente heridos, y otros cuatro lesionados de gravedad. Al joven tejano Dixon una bala de fusil le desbarató la pierna derecha.* El hecho de que no nos hayan matado a todos es algo excepcional y me parece inexplicable.

“Era la primera vez que esa antigua ciudad doblegaba su altiva cabeza en derrota ante el enemigo, y el hecho de que su primera humillación fuera a manos de los odiados filibusteros resultaba aún más doloroso e hiriente para supreciado orgullo. La fortaleza ocupaba una posición dominante, sus muros eran altos y fuertes y la artillaban 36 cañones ya obsoletos, aunque de primera clase en su tiempo. Dos de ellos de 18 libras lucían finamente grabada la inscripción *Sevilla 1800*. Parecían de pura plata y se decía que se fabricaron con el mineral de un filón vecino. Ryan fue puesto al frente de esa artillería, haciéndose cargo también del polvorín.** Creo que era el mismo Ryan que posteriormente comandó la expedición del *Virginus*, a quien los españoles capturaron y fusilaron en Cuba en 1873.

“En Trujillo pululaban los garrobos, enormes criaturas de dos pies de largo. Todas las casas eran de piedra, de un solo piso y de tejas. Las

* Según el corresponsal del *New York Herald* en Trujillo, muerto no hubo ninguno; heridos, tres: “William Hale y Henry Cooper, de Nueva Orleans, no de gravedad; Walter Stanley, de Ohio, lesión bastante seria de bala de fusil en el brazo derecho”.¹³ El corresponsal del *Picayune* informa que John Cooper recibió herida de bala en una rodilla, William Hale en el ojo derecho y Walter Stanley sufrió la fractura de un brazo; además agrega a “Bush, polaco, ligeramente lesionado en el ojo”.¹⁴ Ningún Dixon figura entre las bajas; el nombre de Jas. Dixon, de Virginia, precede al de Stanley en la lista de Fayssoux de emigrantes en la *Clifton* el 23 de Junio; no hay anotación posterior de que haya sido herido.

**El *Picayune* informa que el teniente John Ryan fue nombrado Jefe del Cuerpo de Intendencia; el capitán Small se hizo cargo de la artillería y de los pertrechos.¹⁵

vigas eran de madera sin labrar y sobre ellas una capa de cañas sostenía a las tejas, formando un techo sólido y duradero. Los garrobos solían congregarse en el techo al igual que moscas en un cielorraso, y cuando uno de ellos pasaba directamente sobre mi hamaca, invariablemente se detenía y me quedaba mirando, lo que al comienzo casi me mata de miedo pues siento gran pavor por las culebras, lagartijas y caimanes.

“El 8 de Agosto el coronel Henry y el mayor Dolan, antiguos camaradas que sirvieron bajo Walker en Rivas y Granada, fueron enviados a conferenciar con un representante de Cabañas, líder revolucionario que se suponía comandaba un contingente de insurgentes en los alrededores.*

“A su regreso, entraron al polvorín en donde Ryan tenía ocupados a varios hombres alistando munición para los cañones. Henry fumaba un puro por lo que Ryan le ordenó bruscamente saliese del polvorín. Henry, tomado de licor, sacó su cuchillo de monte yéndose sobre Ryan, quien al momento desenfundó su revólver y disparó, metiéndole una bala en la boca que le desbarató la quijada.** El general Walker se presentó inmediatamente, trasladó a Henry al cuarto donde yo me encontraba y después de examinar la herida le aplicó los remedios de que disponía.

“Henry yacía como muerto, a no ser por su trabajosa respiración, y al observar yo a Walker me pareció que la preocupación le dibujaba más profundos los rasgos de su semblante. Cuando Dolan le explicó lo sucedido, Walker levantó la vista y mirándolo de frente le dijo que transmitiera al capitán Ryan la orden de reasumir sus labores en el polvorín. Luego Walker, sentándose junto a la camilla de Henry, vio ocultarse el sol, salir la luna, y aún permanecía a su lado. Esa noche mi sueño fue bastante inquieto y al despertar varias veces lo vi siempre en el mismo lugar, sin moverse, más que lo indispensable para aplicar compresas húmedas a la cara destrozada de Henry. Al salir por la mañana, relevó la guardia y asumió personalmente todos los deberes de Henry.

“En los momentos en que Walker se ausentaba, Dolan con frecuencia llegaba a ver y hablar con el coronel Henry. Dolan me refirió que los refuerzos de Nueva Orleans ya estaban en camino y que a su llegada iniciaríamos la campaña. Jamás aparecieron. Una escuadra de quince bar-

* El Cónsul inglés en Roatán informó al gobierno de Honduras acerca del rumor de que el general Cabañas colaboraba en secreto con Walker, según noticia que el *New York Herald* toma del *Diario de la Marina*, de La Habana; los periódicos oficiales de Honduras y El Salvador, de acuerdo a la misma fuente, lo negaron rotundamente.¹⁶

**Herido en riña personal el 7 de Agosto de 1860; murió el 26 de Agosto a las 7 a.m., anotó Fayssoux junto al nombre de Henry en la “Lista de Emigrantes a Centro América”.¹⁷

cos británicos, de la flota de las Indias Occidentales, patrullaban constantemente la ruta obligando a regresarse a todas las goletas de Walker. El 12 de Agosto hicieron su entrada a la bahía los vapores de guerra británicos *Icarus* y *Gladiator*; el capitán Salmon, comandante del *Icarus*, bajó a tierra demandando a Walker una entrevista. Esa noche me contó Dolan que Salmon había dado veinticuatro horas a Walker para rendirse o evacuar Trujillo.*

“Abandonar la protección de los muros de Trujillo era asunto serio, pues en los alrededores se encontraban dos regimientos hondureños de infantería, justamente fuera del alcance de nuestros rifles minié. Parece que Walker echó de menos los consejos del coronel Henry, además de su coraje temerario. Walker era más sensato y probablemente más valiente que Henry, pero la situación se presentaba perpleja. A poco de salir Dolan, entró Walker al cuarto y se sentó junto al lecho de Henry. Como éste no podía articular palabra, utilizaba una pizarra para hacerse entender. Walker la tomó, escribió unas pocas líneas y la pasó a Henry. El coronel quedó mirándola pensativo durante largo rato, y tomando luego el pizarrín garabateó una sola palabra. La leyó Walker permaneciendo sentado sin moverse por un buen tiempo, y después se levantó y salió.

“Henry moría lentamente. Los gusanos le carcomieron todo el lado derecho de la cara. En una repisa junto a la cabecera de su lecho había una botella rotulada ‘acetato de morfina’, y medio vaso de limonada. Cuando Walker salió de la habitación, el coronel se incorporó, y virtiendo dos o tres cucharaditas del contenido de la botella en la limonada, la meneó y se la bebió. Luego se acostó, y arropándose cuidadosamente con las ralas sábanas, plegó las manos para dormirse, cayendo en ese sueño que no conoce el despertar.

“Próximo a la medianoche entró Dolan. Dirigiendo una mirada a Henry dio unos pasos hacia él para verlo más de cerca; enseguida tomó la pizarra; y al leer las últimas palabras escritas por el coronel Henry, exclamó: ‘Eso lo explica todo’.

“Dolan alzó la voz para ordenar: ‘Todos los que puedan caminar, formen filas; lleven solamente una frazada’. Nos vestimos en un suspiro, y al pasar junto a Dolan le pregunté: ‘¿Qué escribió Henry?’ —‘Cabañas’, musitó Dolan. Se entreabrió un postigo por donde desfilamos alre-

* En el Anexo N° 21 se inserta el informe oficial del capitán Norvell Salmon a sus superiores fechado a bordo del *Icarus*, en aguas de Belice, el 11 de Septiembre de 1860 —víspera de la ejecución de Walker—, refiriendo en detalle los acontecimientos relacionados con su captura.

dedor de sesenta y cinco hombres con sus rifles, abandonando Trujillo.*

“Walker, el coronel Rudler y los nativos abrían la marcha, mientras enfermos y heridos formábamos la retaguardia. Dolan iba con nosotros, y al cruzar unos naranjales le susurré: ‘Murió Henry’. No me contestó, pero advertí que llevaba al hombro el rifle de retrocarga de Henry.

“Pasado un rato le pregunté: ‘¿Quién es ese *grasiento* que va al frente?’ —‘Ese’, dijo, ‘es un guía que mandó Cabañas’. (Nota de Jamison — Trinidaday [*sic*] Cabañas era el hondureño que visitó al general Walker en Granada cuando éste se encontraba en el zenit de su poder, solicitando ayuda para recobrar sus supuestos derechos en Honduras. Walker se negó a ayudarlo). El guía había llegado como diez minutos antes de que Walker dejara a Henry, con una invitación para que se uniera a Cabañas y tomara el mando de la revolución.

“Caminamos en silencio y aprisa hasta el amanecer. Creíamos haber cruzado sin ser vistos las líneas enemigas de infantería que nos asediaban, pero no fue así porque, al detenernos en el riachuelo Cottonwood al salir el sol para descansar y preparar un escaso desayuno con las provisiones que llevábamos, fuimos saludados por una andanada de balas a corta distancia que mataron e hirieron a veinte de los nuestros.** Walker recibió en la mejilla el rasguño de una bala de fusil. Nos ordenó formar filas para repeler el ataque, lo que hicimos con un fuego tan eficaz de rifles y revólveres que el enemigo ya nunca más se nos volvió a acercar tanto. No nos detuvimos para enterrar a nuestros muertos ni atender a los heridos, sino que continuamos la retirada. Esa noche al hacer alto, en espera de la salida de la luna, se apostaron centinelas. Posterior al combate no vimos más

* Eran 80; “desfilamos” no calza, pues Walter Stanley fue uno de los 8 que quedaron en Trujillo, a quienes identifica por sus nombres el corresponsal del *Picayune* en carta fechada allí mismo el mismo día, 22 de Agosto:

“Dr. F. H. Newton, cirujano.

“B. Johnson, enfermero.

“Coronel Thomas Henry, herido de bala de pistola en la cara.

“Charles Allen, secretario del General en Jefe, enfermo con fiebre.

“Walter Stanley, soldado raso, herido en el brazo.

“Henry Cooper, soldado raso, herido en la canilla.

“F. F. Conway, soldado raso, con fiebre.

“A. Lowe, soldado raso, con fiebre”.¹⁸

**El *Picayune* informa que el encuentro en Cotton Tree, punto situado en el río Roman, ocurrió el jueves 23 de Agosto, si bien otros despachos dicen que el viernes 24, y durante el combate el general Walker fue agredido en su persona, recibiendo un rasguño en la cara, pero el hondureño que lo agredió cayó muerto de un balazo en el acto.¹⁹ Las bajas de Walker fueron el raso Pomeroy, muerto, y cinco heridos, entre ellos el mayor Hooff, de Virginia, el raso James J. Hogg, de Nueva Orleans, y el raso Samuel Coffin, de Natchez. A Hogg una bala lo alcanzó en un brazo; Hooff fue “desfigurado” por los perdigones. El raso Coleman murió en esos días, víctima de una de las fiebres del país.

a nuestro guía y nunca supe si lo habían matado o si desertó después de meternos en esa trampa. Al amanecer nos detuvimos en Lima, una plantación de bananos, en donde luego de un corto descanso nos vimos precisados a reconcentrarnos en nuestro campamento, al encontrarnos rodeados y lloviéndonos balas de todas direcciones.* Contestamos el fuego y el enemigo se replegó.

“Imposibilitado como estaba de llevar y usar un rifle, no tomé parte en los combates.** Encontramos una canoa, la que cargamos con bananos destacando a un tipo llamado Hogg para que la condujera remando a lo largo de la costa. Ese día dejamos la trocha por los chaparrales y avanzamos sobre las blancas arenas de la playa del mar. Por fin logramos avistar el campamento de Cabañas en el río Tinto, el que cruzamos al otro lado en la canoa. Encontramos una hilera de trincheras abandonadas, pero no a Cabañas. Quedábamos treinta y uno, y casi todos estábamos heridos. La posición era bien escogida y allí acampamos para vender caras nuestras vidas.

“Qué calurosos y qué largos aquellos días junto a los pantanos del lento río, diseminados entre las trincheras y en guardia todo el tiempo desde el amanecer hasta la puesta del inclemente sol. Aunque se mantenía fuera del alcance de nuestros rifles minié, el enemigo disparaba constantemente y de vez en cuando una de sus balas caía entre nosotros. Dos de los nuestros resultaron heridos en esa forma. Sin embargo, el enemigo que más temíamos era la fiebre de la costa.

“Hasta Walker padeció esa fiebre, pues se lo notamos en lo encendido de su rostro que ordinariamente era pálido, aunque él no parecía darle importancia ya que continuó en servicio activo todo el tiempo, día y noche. Aún hoy, todo aquello me parece una horrible pesadilla. Perdí toda noción del tiempo. Recuerdo a Dolan, siempre alegre y aparentemente feliz, diciendo que Cabañas venía en camino con muchos hombres y pertrechos, para unírseos, y creo que Walker contó con ello hasta el final.

* El mismo *Picayune* agrega que el domingo 26 de Agosto Walker se encontraba en Limas, un campamento maderero abandonado junto al río del mismo nombre, a unas treinta o cuarenta millas de Trujillo en dirección del Cabo de Gracias a Dios. Dos de sus oficiales tomaron ese día una lancha dirigiéndose a Roatán, a conseguir provisiones. El mal tiempo les impidió llegar a la isla antes del 29, fecha en que desembarcaron en despoblado, y al día siguiente arribaron a Fort McDonald, donde los partidarios locales de Walker fletaron una pequeña embarcación para ir en su auxilio con ropa y provisiones. Walker los esperaba en una aldea caribe como a 25 millas de Limas, dejando señales para guiarlos.

**Y también por encontrarse ya en Roatán, trasladado allí por el capitán Salmon, según narra éste en el Anexo N° 21. Los siete ex-combatientes quedaron a merced de la caridad de los isleños, informa el 31 de Agosto el corresponsal del *Picayune*.²⁰ El octavo, Henry, quedó enterrado en Trujillo.

“Un día vimos dos botes tripulados por hombres blancos navegando río arriba. Pertenecían al navío de guerra británico *Icarus*, y al vernos gritaron de alegría e izaron los colores de Albión. Walker ordenó no dispararles y cuando desembarcaron se encaminó hacia la costa para conferenciar con su comandante. Pronto regresó diciendo que depusiéramos las armas, y que al rendirnos cada uno reclamara para sí la protección de la bandera norteamericana.

“Entregamos los rifles, y quienes podíamos caminar bajamos a los botes, mientras los marinos ingleses ayudaban a llevar a los demás. Los soldados enemigos empezaron a acercarse bastante, pero los botes soltaron sus amarras, y bogando río abajo en pocas horas nos encontramos a bordo del *Icarus*.

“El segundo oficial del *Icarus* salió a recibirnos, pareciéndome dura la frialdad con que preguntó a su subalterno: ‘¿Estos son todos?’ —‘Todos los que estaban vivos, señor’, fue la respuesta. El capitán Salmon interrogó a cada uno al subir a bordo, y todos le contestamos en la forma que Walker nos había indicado.

“El general Walker fue el último en subir al barco y cuando Salmon le preguntó quién era, contestó: ‘Soy William Walker, Presidente de Nicaragua’.* El coronel Rudler antes sólo había contestado que él era ciudadano americano, mas ahora dio un paso al frente y dijo ser el jefe del estado mayor del general Walker. Si todos ya teníamos buena opinión de Rudler, a partir de ese momento ésta fue mucho mejor por la hombría con que se adelantó y porque era un acto de justicia digno de alguien que estaba supuesto a gozar de la confianza de Walker. Cuando éste estrechó su mano, nos incluyó a todos en una rápida y seria pero a la vez afectuosa mirada, que a las claras nos decía: ‘Recuerden la última orden que les dí, o sea la última que habré de darles’.

“Walker y Rudler quedaron custodiados y se improvisó un toldo bajo el cual se colgaron hamacas para los enfermos y heridos mientras que los otros —únicamente el mayor Dolan y el capitán Newby— se paseaban sobre cubierta como si fueran dueños del barco. Ambos recibieron heridas leves y también cayeron víctimas de la fiebre, pero como habían estado con el general Walker en todas sus campañas, eran demasiado orgullosos y valientes para aceptar el jugo de lima y la quinina que se nos suministraba con liberalidad. Por primera vez después de tantos días me curaron la herida, la que estaba en pésimo estado. El cirujano quería amputarme

* Salmon y Walker se entrevistaron en tierra. Léase el relato de la captura de Walker en el Anexo N° 22; también el trozo pertinente en el informe del capitán Salmon a sus superiores, en el Anexo N° 21.

el brazo pero su ayudante le dijo en voz baja que no valía la pena. Era obvio que esperaban tener que arrojar mi cuerpo sobre la borda a la mañana siguiente.

“Al ponerse el sol Dolan y Newby permanecían de pie cerca de mi hamaca contemplando cómo nuestros antiguos enemigos se congregaban alrededor de las trincheras abandonadas. Recuerdo que Newby dijo: ‘Son más de mil’. Enseguida me dormí. Cuando desperté, ya íbamos navegando. La noche era hermosísima, la brisa suave y refrescante, y me volví a dormir. Cuando de nuevo desperté era ya de día. El mayor Dolan me contó que habíamos echado anclas en Trujillo y que el capitán Salmon condujo a tierra al general Walker y al coronel Rudler. Esa noche desembarcamos todos, menos el mayor Dolan, el capitán Newby y el mayor Hoof. En tierra, con una vela de barco habían improvisado un toldo debajo del cual colocaron algunas camillas de lona en las que nos acostamos.

“Un destacamento de marinos del *Icarus* se apostó en derredor nuestro para evitar lo que todos temíamos, que los soldados hondureños nos descuartizaran.* Por nuestros guardas supimos que inmediatamente se había convocado en la fortaleza un consejo de guerra para juzgar al general Walker y al coronel Rudler. Esos consejos de guerra hispanoamericanos son procesos sumarios. No hubo defensa.** Tanto el general Walker como el coronel Rudler reconocieron plena y libremente su respectiva identidad, justificando su presencia en Honduras debido a la participación de ese país en la coalición que depuso, por medio de las armas, de la presidencia de Nicaragua al general Walker, reclamando éste el derecho soberano que le asistía de hacer la guerra a Honduras, a la vez que alegaba ser prisionero

* En carta fechada el 6 de Septiembre de 1860, el cónsul norteamericano en Trujillo expresó su temor de que “el populacho enfurecido” cometiera actos de crueldad contra los prisioneros, y dos días más tarde informó que durante un día entero se les tuvo sin comer, por lo que él, el cónsul británico y otras personas, se encargaron de llevarles pan y vino e iniciaron una colecta para la compra de alimentos.²¹ El mayor donante fue Norvell Salmon, capitán del *Icarus*, quien contribuyó con US\$25.00, casi la mitad del total de \$56.00 colectado, con lo cual se adquirió pan, carne, plátanos y otros alimentos para el sustento de los prisioneros desde el 8 hasta el 20 de Septiembre, fecha en que los últimos 59 de ellos abandonaron Trujillo en el vapor inglés *Gladiator*, rumbo a Nueva Orleans. Agrega el cónsul norteamericano en su despacho: “Las Señoras Nicolasa y Josefa Caballero y la Señora Isabel de Crespo, rivalizaron unas con otras en su caridad hacia los heridos”.²²

**En el manuscrito del *Proceso de William Walker* no se menciona a ningún abogado defensor.²³ Walker y Rudler fueron sus propios defensores. El proceso es militar. Antes del fallo, los autos pasaron a manos del Licenciado Don Francº Barcena para su “estudio”, pero éste los devolvió, excusándose: “Por haber esternado desde antes mi opinion, acerca de la pena que debiera aplicárseles á los reos Walker y Rudler, no me es permitido abrir dictamen y le devuelvo la causa con el mismo número de fojas útiles”.²⁴

de ese país debido a un acto ilegal y arbitrario cometido por el oficial de la marina británica, y sostenía que habían decidido matarlo a como diera lugar, legal o ilegalmente. Walker y Rudler fueron sentenciados a muerte, pero a pedimento del capitán Salmon la pena de Rudler le fue conmutada por cuatro años de trabajos forzados en las minas, lo cual era por lo menos trescientas sesenta y cinco veces peor que ser fusilado.* (Nota de Jamison — Por medio del Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, el Estado de Alabama posteriormente obtuvo la libertad del coronel Rudler, quien regresó a los Estados Unidos).

“Rodeado por un destacamento de setenta tipos malencarados y desaliñados, el general Walker pasó al amanecer del día siguiente frente a nuestro campamento, a la otra orilla de un estero. En su rostro, pálido como de costumbre, pude apreciar la cicatriz que le dejara en la mejilla una bala durante los combates en las proximidades de Trujillo. Como católico que era, llevaba un crucifijo en la mano. Al hacer alto, el comandante del pelotón dio lectura a un papel en español, que supongo eran sus órdenes, y entonces el general Walker, con voz clara y firme, sin el menor estremecimiento ni temblor, habló en español por unos pocos momentos. De donde nos encontrábamos pudimos ver una fosa recién abierta en la arena, y junto a ella al general Walker dirigiendo la palabra a los soldados hondureños y demás personas que se habían congregado alrededor. Toda su conducta, su voz, sus gestos y su actitud en ese terrible momento supremo estaban llenos de dignidad y calma, totalmente libres del menor indicio de miedo, de fanfarronería o de hazmerreír. Mientras hablaba se produjo el redoble de un tambor seguido de una descarga de fusilería y el general Walker cayó muerto.

“Los soldados tiraron al suelo las armas y con brutal ferocidad hicieron rodar su cuerpo arrojándolo dentro del hoyo en la arena, sin ataúd ni sudario, y lo taparon. Luego recogieron los fusiles y se alejaron de prisa, aparentemente temerosos de entretenerse cerca del lugar donde lo habían matado y enterrado.**

* En el proceso ya mencionado, Walker fue sentenciado a muerte y Rudler a cuatro años de prisión en la Capital de la República, sin que aparezca intervención alguna del capitán Salmon en la sentencia. Cuando Salmon entregó a los prisioneros a las autoridades hondureñas el 5 de Septiembre, ambas partes firmaron el documento que se copia en el Anexo Nº 23.

**Walter Stanley, supuesto testigo de vista según su mismo relato inserto en el de Jamison, no pudo presenciar la ejecución de Walker ya que fue evacuado a Roatán por el capitán Salmon el 27 de Agosto. El corresponsal del *New York Herald* en Trujillo la describe en su despacho fechado el 18 de Septiembre de 1860 que se copia en el Anexo Nº 24.

“Se nos llevó de inmediato a bordo del *Icarus* que puso proa a Roatán en donde desembarcamos.* Dos de los nuestros fallecieron en el viaje y sus cuerpos se arrojaron al mar. En el cementerio de los piratas existía una casa vieja y desvencijada, sitio en que nos dejaron a la espera de nuestra suerte, ya fuese ésta vivir o morir.

“De los noventa y uno, tan sólo doce regresamos para contar la historia de nuestros sufrimientos y luchas casi mortales”.**

Así concluye esta narración gráfica de un testigo ocular que presencié el fusilamiento del general Walker y compartió las penalidades de sus hombres en su postrer esfuerzo por recuperar la jefatura del gobierno que le fuera conferida por el sufragio del pueblo. La actuación de los soldados hondureños, después que sus cobardes balas le atravesaron el pecho, fue repugnante y brutal. Despojaron al cadáver de sus ropas y luego se pelearon entre ellos para repartírselas.

Ninguna persona honesta puede suponer que la conciencia del oficial de marina británico se sintió libre de remordimientos por el cobarde papel que desempeñó en ese drama oficial; que lo hecho por él no solamente es una cobardía sino también algo inhumano, debe reconocerlo todo aquél que admire la gallardía y el valor. Subterfugio pobre y despreciable resulta el recurso de alegar que los hondureños exigieron su entrega, pues el general Walker era prisionero del oficial de marina británico a bordo de su navío, y no del general hondureño; el capitán Salmon bien pudo haberse hecho a la mar sin que las autoridades hondureñas lo estorbaran. En vez de eso, entró al puerto de Trujillo y con toda deliberación entregó a Walker para que lo mataran. No importa que le haya o no prometido protección a Walker al efectuar su captura, ya que tales seguridades están implícitas en la conducta honrosa de la guerra que toda persona honorable respeta.

Algunos apologistas del capitán Salmon, con el propósito de justificarlo, han insistido en que el general Walker no tenía derecho de estar en el territorio de Honduras haciéndole la guerra a ese Estado. Un argumento más fuerte, apoyado en las usanzas y las leyes internacionales, sería el preguntar con qué derecho entró el capitán Salmon a territorio hondu-

* Walter Stanley y seis compañeros fueron evacuados de Trujillo a Roatán por el capitán Salmon el 27 de Agosto de 1860. Según informe del cónsul norteamericano, los 70 del río Tinto viajaron directamente de Trujillo a los Estados Unidos: 7 de ellos en el *Osceola* el 16 de Septiembre y 59 en el *Gladiator* el 20.²⁵ El cónsul omite en qué embarcación viajaron los cuatro restantes. De los siete llevados a Roatán por el capitán Salmon, cuatro viajaron en el *Kate* a Nueva Orleans; de los otros tres no se tienen detalles. Los pasajes de los cuatro le costaron al cónsul cuarenta dólares.

**De los cien que participaron en la expedición, por lo menos 74 regresaron a Nueva Orleans. Véanse los detalles en el Anexo N° 20.

reño. Honduras había formado parte de la coalición que despojó a Walker de la presidencia de Nicaragua y le hizo la guerra a la República de Nicaragua. Walker no fue despojado de la presidencia por el pueblo de Nicaragua sino por una coalición de Estados extranjeros, entre ellos Honduras, por lo cual él tenía derecho absoluto de penetrar a su suelo para hacerle la guerra y obligarla a firmar la paz, derecho limitado únicamente por el poderío que él tuviera para dar fuerza a sus reclamos; y al ser compelido a rendirse por el comandante británico, él tenía derecho a gozar de las prerrogativas que en esos casos se otorgan a los prisioneros de guerra.

En su angustiada hora final, ya con el sudor de la muerte en la frente, el único pensamiento de Walker fue salvar las vidas de quienes tanto sufrieron por su causa. No reclamó para sí mismo la protección de la bandera de su tierra natal que amparó a sus compañeros. Se comportó como un león acorralado, y agobiado por las heridas se hundió sin despegar la vista del enemigo.

Se puede aventurar la opinión de que de sobrevivir Walker, y si las fortunas de la guerra hubieran sonreído a su causa, él habría cambiado la historia política de Centroamérica haciendo de los cinco Estados Centroamericanos una tierra de progreso intelectual y grandeza comercial, salvándolos de ser viveros de interminables revoluciones y morada de disturbios sociales y pobreza económica. Como postrera ojeada retrospectiva,† ofrezco las palabras del poeta Joaquin Miller, quien conoció y quiso a Walker:

EN LA TUMBA DE WALKER

*Yace hondo, bajo manto de arenas
Bañadas desnudas al sol tropical,
Y hoy no hay amigo en esa lejana tierra
Que de él con justicia quiera hablar.
Tal vez por ello, en época de invierno
Su sepultura de incógnito he buscado;
Mi lado flaco de apoyar al débil
Tomando el bando del desamparado.*

*No lejos, una palmera abrió la mano,
Muy cerca, un alto bambú verde se meció,
Y curveando el gran arco destemplado
Como sauce llorón se estremeció.
Encaramado en frutos que colgaban*

*Bajo ancha hoja de plátanos, torcidos,
Un pájaro arcoiris le cantaba
Su canto hondo, triste, adolorido.*

*Ni césped, ni letrero, ni cruz ni lápida,
Pero a su lado un verde cacto
Fiero y resuelto, en ristre lanzas,
Despuntaba largos y puntiagudos dardos,
Vigía solitario en la sagrada playa;
Y una gota de sangre, tan viva, tan roja,
De capullo carmín su cabeza coronaba
Emanando fragancias, cual lágrimas de rosa.*

*Una concha tomé en mi mano izquierda,
De labios sonrosados, roji-perla,
Sobre su humilde lecho fui a ponerla
Pues él siempre amó con vehemencia
Los majestuosos cantos del solemne mar.
¡Oh conchanácar! Canta bien, con el alma, impetuosa
Cuando callen los pájaros y ruja fiera la tormenta,
La canción de mar más salvaje que conozcas.*

*Dije algunas cosas con manos recogidas,
Murmurios bajo el ruido apagado del mar,
Hundiendo en la arena mis débiles rodillas
Y ojos fijos en el suelo, llenos de humildad.
El había hecho mucho más por mí,
Pero yo no podía hacer más por él;
Sobre la verde costa me volví
Y al mar mi cara triste presenté.*

JOAQUIN MILLER

† Como postrera ojeada retrospectiva, estas palabras del *New Orleans Daily Crescent* (diario del que Walker fuera condueño y editor en 1849 y 1850), en su póstumo comentario sobre el filibustero:

“Que Walker no era un aventurero vulgar ni un saqueador egoísta, como lo han supuesto muchos, se comprobará en el futuro. La historia de su carrera, con los motivos que lo impulsaron, también se escribirá algún día. Walker estaba poseído de un ideal sin nada de sórdido ni de mezquino, y este ideal lo llevó a arriesgar su vida en una empresa erizada de peligros, con medios totalmente inadecuados. No se puede creer que habría arrojado esos peligros y persistido en sus propósitos, frente a tantas desventajas en su contra, de no animarlo motivos superiores al provecho personal”.²⁶



FUENTES

- ¹ *New York Daily Tribune*, 29 de Junio de 1857, p. 5, c. 5.
- ² *The New York Herald*, 19 de Agosto de 1857, p. 1, c. 1.
- ³ *Ibid.*, 15 de Diciembre de 1857, p. 1, c. 1.
- ⁴ *Ibid.*, 28 de Diciembre de 1857, p. 8, c. 1.
- ⁵ *Ibid.*, p. 1, c. 4.
- ⁶ *Ibid.*, p. 1, c. 1.
- ⁷ *New Orleans Daily Crescent*, 3 de Junio de 1858, p. 1, c. 5.
- ⁸ Doubleday, *op. cit.*, pp. 197-215.
- ⁹ *The Daily Picayune*, New Orleans, 3 de Enero de 1859, edición vespertina, p. 1, c. 6.
- ¹⁰ Fayssoux Collection, Item 85.
- ¹¹ *Ibid.*
- ¹² *Ibid.*
- ¹³ *The New York Herald*, 1 de Septiembre de 1860, p. 4, c. 3.
- ¹⁴ *The Daily Picayune*, New Orleans, 26 de Agosto de 1860, p. 3, c. 3.
- ¹⁵ *Ibid.*, 11 de Septiembre de 1860, edición vespertina, p. 2, c. 3.
- ¹⁶ *The New York Herald*, 26 de Septiembre de 1860, p. 4, c. 6.
- ¹⁷ Fayssoux Collection, Item 85.
- ¹⁸ *The Daily Picayune*, New Orleans, 11 de Septiembre de 1860, edición vespertina, p. 2, c. 3.
- ¹⁹ *Ibid.*
- ²⁰ *Ibid.*, 12 de Septiembre de 1860, p. 1, c. 7.
- ²¹ United States National Archives, Executive Branch, Despatches from United States Consuls in Omoa, Truxillo and Ruatan, Vol. 3 (Jan. 12, 1858 — Dec. 31, 1869), Microfilm T-477, Roll 3.
- ²² *Ibid.*
- ²³ Honduras, El Partido Nacional de Honduras, *Proceso de William Walker — Trujillo 1860*, Tegucigalpa, 1969.
- ²⁴ *Ibid.*
- ²⁵ United States National Archives, Microfilm T-477, Roll 3.
- ²⁶ *New Orleans Daily Crescent*, 1 de Octubre de 1860, p. 1, c. 2.